Purgatorio – JG Millán

Un encuentro inesperado, un lugar del que nadie vuelve y una frontera invisible donde la vida y la muerte son la misma cosa.

PURGATORIO
J.G. Millán
Un encuentro inesperado, un lugar del que nadie vuelve, y una frontera invisible donde la vida y la muerte son una misma cosa

Prefacio

Martina acude a un bar en compañía de unas amigas tras finalizar su jornada en la oficina. Lo que en un principio iba a ser una tarde agradable y distendida, se transformará, tras conocer a un chico, en algo que jamás hubiera soñado experimentar.

De repente, la realidad se quiebra y Martina se encuentra en un lugar que no debería existir. Atrapada en una dimensión sombría y llena de ecos, se descubre en un entorno gris y asfixiante donde el tiempo parece haberse detenido. En este escenario hostil, su única esperanza es seguir a un misterioso guía, tan protector como inquietante, que afirma conocerla mejor que ella misma.

¿Es una alucinación, un secuestro de la mente o algo mucho más real? En este viaje por la realidad distorsionada, la frontera entre lo que es real y lo que es una pesadilla se vuelve invisible, obligando a Martina a caminar por el filo de un abismo donde la vida y la muerte se confundirán entre sí.

Índice

Prefacio

El bar

La pianista

Desolación

La lluvia

Domitila

La rosaleda

El poeta

El pórtico

El despertar

El bar

—Pues yo no pienso tener ninguno —dijo Sonia—. Los hijos son una esclavitud. Mi madre tuvo cuatro, y siempre me decía: *hija, tú vive la vida, que no te pase lo que a mí*.

—¿En serio que no sientes la llamada de la maternidad? —preguntó Merche—. Ya vamos teniendo una edad y…

—Yo no siento ninguna llamada. Como no me llame a gritos… —nos reímos—. ¿Acaso la sientes tú?

—No, yo tampoco. Pero esta mañana vi una de esas cosas que te sugiere el teléfono, que decía que, a partir de los treinta y cinco años, las mujeres comenzamos a tener la urgencia de…

—Sí, de quedarnos embarazadas porque si no…

—Porque si no se "nos pasa el arroz" —completé yo.

—Eso es.

—Pues yo no tengo ninguna urgencia. Es más, no creo que la tenga nunca.

Habíamos salido de la oficina después de una jornada extenuante y nos dejamos caer por un bar que había abierto hacía poco tiempo. Estaba lo suficientemente lejos para que los moscones de nuestros compañeros no se nos acercaran, para poder disfrutar tranquilamente de una buena cerveza, y, quién sabe, poder conocer a alguien que mereciera la pena.

—Oye, este sitio está genial —dijo Sonia, mirando a nuestro alrededor.

—¿A que sí? —replicó Merche—. Ya os lo dije. Y no me negaréis que esta cerveza es de lo mejor.

—Es artesanal, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, la hacen ellos mismos. Tiene el punto justo de acidez y el mínimo de residuo. Aunque si la quieres más "cargadita", la puedes pedir sin filtrar. Tiene más cuerpo, pero a mí me gusta más esta.

—Sí, esta está muy bien —contestó Sonia—. A mí me gustan las suaves. Entran mejor.

—¡No! ¡Mierda! —exclamó Merche, mirando hacia la entrada. Frunció el ceño y dejó entrever esas arrugas que ya se le formaban alrededor de los ojos cada vez que se enfadaba—. ¡Nos han pillado! ¡Joder!

Efectivamente, nuestros compañeros de la oficina habían dado con nosotras, y Jorge, el más pesado y baboso de todos, ya nos había localizado y marchaba hacia la mesa donde nos habíamos instalado.

—¡Mirad para otro lado! ¡Mirad para otro lado! A ver si con un poco de suerte pasan de largo.

—No, Sonia. Ya es demasiado tarde —constaté, suspirando profundamente—. Nos han visto.

Efectivamente, los tres ya se encaminaban hacia nosotras, con Jorge a la cabeza.

—¡Hola, chicas! —saludó Luis, adelantándose a su jefe—. Oye, ¿no habíais dicho que hoy no os apetecía salir, y que estabais muy cansadas?

—Sí.

—Pero, ¿habéis cambiado de opinión a última hora, o qué?

—Eso parece.

El imbécil de Jorge ya se había colocado a mi lado, mientras que los otros dos buscaban sillas vacías en algunas mesas para poder hacer lo mismo. Y eso a pesar del gesto de funeral que teníamos las tres. Merche me miró como diciendo: *"¿estos tíos son gilipollas o qué? ¿Es que no se dan cuenta de que no queremos saber nada de ellos?"*

Pero de poco sirvió. En unos instantes ya estaban los tres "acoplados" a nuestro lado intentando, por enésima vez, ligar con alguna de nosotras.

—¡Chicas! ¿Qué os pasa? —preguntó Luis, después de los varios intentos fallidos por parte de todos ellos de arrancarnos alguna palabra.

Nadie contestó, pero a mí el silencio ya se me estaba haciendo un poco incómodo, y dije, sin cambiar la cara:

—Nada. Que estamos cansadas.

—Pues no lo parecía… Cuando entramos parecíais de lo más feliz.

De nuevo, silencio pétreo. Luis intentó, ya a la desesperada, conseguir que nos abriéramos un poco, y me dijo:

—Oye, Martina, muchas gracias por el informe de esta mañana.

—No hay de qué —repliqué, sin mirarle, dando un sorbo a mi cerveza.

—La verdad, me ha servido de mucho. Ya sabes que el jefe estaba muy pesado últimamente con esos gráficos y…

—No hemos venido aquí para hablar de trabajo —interrumpió Sonia.

—Bueno, yo estaba hablando con Martina —se quejó. Pero yo puse un gesto de apoyar lo que decía mi amiga, y entonces se calló.

Fue entonces cuando Mario, que no había abierto la boca en todo el tiempo, y que no paraba de mirarme, puso un punto de sensatez en todo el asunto:

—Oye, ¿por qué no nos vamos al bar de siempre?

—¿Por qué? ¡Si todavía no hemos pedido nada!

—Por eso mismo. Por lo que veo, aquí no hay más que cervezas artesanales, y yo prefiero la Mahou de toda la vida. —Se levantó, y los otros dos hicieron lo propio, un poco por no dejar al compañero en evidencia. Si hubiera sido por ellos, hubieran seguido torturándonos un poco más.

Cuando ya hubieron salido del local, las tres dimos un profundo suspiro de alivio, y Sonia dijo:

—¡Menos mal! Ya pensaba que nos habían arruinado también este sitio. ¡Joder! ¡Qué pesados!

—En el fondo a mí me dan un poco de pena —añadí—. Son unos *pobres diablos*.

—Pues a mí no me dan ninguna pena —replicó Merche—. Están *salidos*, y van buscando alguna flor en la que posarse.

—Porque nadie les hace caso.

—¿Quién va a hacer caso a esa panda de babosos? Jorge y Luis ya deben de tener los cuarenta años…

—O más.

—…Eso es, o más, y los dos tienen un divorcio a sus espaldas porque sus mujeres no los aguantaban. Van buscando nuevas víctimas.

—Mario no creo que llegue a tanto —dije yo—. Debe tener nuestra edad. Nunca ha estado casado, ¿verdad?

—Creo que no. Pero ¿quién va a casarse con ese idiota?

—Cuando digo casarse, quiero decir, vivir en pareja. Ya nadie se casa.

—Es lo mismo. Ninguno de los tres vale nada.

—Estoy de acuerdo —afirmó Merche—. Estos tíos son el prototipo de hombre estándar, el hombre de toda la vida. Por lo que sé de Luis, nada más casarse dejó embarazada a la mujer y se convirtió en un "Paco", es decir, comenzó a echar barriga, se quedó calvo, y no colaboraba en ninguna de las cosas de la casa. Su mujer lo tenía que hacer todo, porque él no se movía.

—Joder, ¡qué asco! —Sonia puso un gesto de desprecio.

—Aun así, duraron cinco años. ¡Cinco años! Cinco años de tortura, hasta que la mujer le dio una patada en el culo.

—¿Veis? Por eso yo no quiero tener hijos. Al final acabas criándolos tú sola, y además, trabajando. Es una trampa mortal.

—Y, ¿por qué se separó Jorge? —pregunté—. Este no ha tenido hijos, ¿no?

—No. ¡Menos mal! De haberlo hecho, le hubiera amargado la vida a Yoli.

—¿Yoli? ¿La de Administración?

—¡Claro! ¿No lo sabías? ¿Por qué te crees que pidió el traslado? Antes estaba con nosotras, en Operaciones, pero desde que se separó la llevaron allí para no tener que tratar con ese gilipollas.

—¡Ah!

—Yoli no tardó tanto en darle otra patada en el culo —siguió Merche—. Enseguida lo vio venir, al poco de irse a vivir juntos.

—Le pasó lo que al otro —continuó Sonia—. Enseguida se acomodó.

—¿Tampoco hacía nada en casa?

—Eso no lo sé. El problema que tenía este tío era... bueno, que es un muermo. Un aburrido, vaya.

—Era otro "Paco" —completó Merche—. No quería salir, y se pasaba los fines de semana en casa, tumbado en el sofá y viendo el canal ese de deportes. Ya sabes cual.

—Sí, ya sé. No me extraña que Yoli le mandara a la mierda.

—Creo que no llegaron a durar ni un año. En el fondo son todos iguales.

Sonia asintió y yo tenía mis reservas respecto a eso de "todos".

—Mario no parece igual que los otros dos —observé, y Merche me miró sorprendida. Entonces me dijo:

—A ti te hace "tilín" ¿A que sí?

—No.

—No lo niegues, Martina. Te hace *tilín*. —Las dos se rieron.

—De verdad que no. Solo creo que... bueno, no es tanto como los demás.

—Lo dices porque no está mal, y es verdad. Todavía no se ha quedado calvo y no tiene mucha barriga.

—No creo que se quede calvo. Los rubios suelen conservar mejor el pelo.

—¡Uy! ¡Uy! —dijo Sonia, mirando a Merche—. Como no nos andemos con ojo, ese nos la caza y nos quedamos sin amiga.

Las tres nos reímos y yo me vi por unos momentos con un delantal, barriendo la casa, y trayéndole una cerveza a Mario mientras este veía el futbol. Entonces dije:

—No os preocupéis, que no vais a quedaros sin amiga. Yo no pienso irme con Mario… ni con ningún otro. No pienso convivir con ninguno, jamás de los jamases —declaré—. Para un rato, sí, porque ¿a quién no le apetece un buen revolcón?

—Siempre y cuando el ejemplar merezca la pena, ¿no? —observó Merche.

—¡Obviamente! —apuntillé, y las tres nos reímos.

Fue entonces cuando comenzó la música. Ese local tenía una pequeña pista en el interior, y algunas chicas se fueron a bailar, no tardando nosotras también en hacerlo.

Y entonces… entonces apareció Amir.

Era un chico alto, moreno, de unos treinta años… Todo un ejemplar masculino de primera categoría, con brazos tatuados, y una sonrisa cautivadora que nos derritió a todas. Por el nombre y su físico parecía musulmán, aunque aquello de los tatuajes me despistó. Por lo que yo había oído, los tatuajes son *"haram"* en el islam, es decir, están prohibidos, o al menos, mal vistos.

Pero para nosotras, aquello era lo de menos. Amir comenzó a bailar junto a Sonia y era obvio que los dos se gustaron, y mucho. Bueno, también nos gustó a Merche y a mí, solo que nuestra amiga es… sí, por qué no decirlo, más espectacular. Delgada, con mucho pecho y muchas curvas, un tipazo espectacular… era la más atractiva de las tres, a pesar de que Merche, una rubia con un bonito cuerpo, tampoco le iba a la zaga. Quizá yo fuera la peor "del lote", puesto que no tenía el cuerpazo que tenían mis amigas, aunque mi larga cabellera pelirroja y rizada siempre volvió locos a los hombres. Muchos moscones de la oficina se me habían acercado, y, por supuesto, a todos los había rechazado. Yo no quería juntarme con nadie, y deseaba, como mis compañeras, "vivir la vida".

El caso es que Amir nos conquistó a las tres, y tras un buen rato de bailes en los que no solo Sonia tuvo el honor de bailar con él, cuando llegó la noche, casi sin darnos cuenta, nos vimos en nuestra casa trayendo con nosotras a aquel hombre tan maravilloso.

Vivíamos en un piso compartido en el centro de la ciudad. Un apartamento fantástico, en una de las mejores zonas, muy bien comunicado. El alquiler era caro, sí, pero como lo costeábamos entre las tres y no teníamos ningún tipo de cargas familiares, nos daba de sobra para mantenerlo.

Nada más llegar, Sonia sacó unos vasos y sirvió algunas bebidas. Mientras la música de moda sonaba a todo volumen, comenzamos a bailar de nuevo los cuatro, sin parar de reír.

Por fin, estábamos ya exhaustas, y nos sentamos en el sofá. Amir se sentó en medio, con Sonia y Merche a cada lado y yo en el sillón de enfrente. Fue entonces cuando nuestro invitado sacó un pequeño frasco de cristal.

—¿Qué es eso? —preguntó Merche.

—Es éxtasis líquido —contesté yo—. ¿Es que no lo ves?

—No, no es eso —replicó Amir—. Es algo mejor. No te deja K.O. como esa mierda. Solo te da un "puntito" de marcha, y te hace... bueno, sentirte mejor.

En ese momento, se echó unas gotas en la bebida, y se la bebió de un trago.

—Yo también quiero —dijo Sonia, y el chico le echó también unas gotas.

—Tienes que bebértelo de un trago, para que te haga efecto.

Mi amiga no tardó en obedecer, y Merche fue la siguiente en probar aquello. Cuando llegó mi turno, yo no las tenía todas consigo, y pregunté:

—Pero, ¿cuál es el efecto, exactamente?

—Es un puntito de marcha. Nada más —replicó Amir, mientras procedía a echar un par de gotas en mi bebida—. Verás qué bien nos lo vamos a pasar los cuatro.

Yo dudé, pero al final lo bebí. ¿Qué podría pasar? Aquel chico era encantador, había bebido también aquello y, además, yo estaba tomando la píldora igual que mis amigas.

A continuación, sacó a bailar a Sonia, y el ritmo machacón de la música no impidió que los dos comenzaran a besarse apasionadamente. Tanto Merche como yo nos unimos al baile, mientras mi amiga se turnaba con la otra en aquello de los besos. Yo seguía un poco más apartada, sin sentir todavía el "puntito de marcha" que Amir había prometido.

El caso es que Sonia no tardó en llevárselo a su habitación, mientras Merche y yo seguíamos bailando un poco más. Finalmente, esta hizo ademán de unirse a aquellos dos y me hizo una seña para que me fuera yo también allí. Si había que interrumpir algo, era mejor hacerlo las dos juntas, no fuera a ser que les sentara mal. Pero yo rehusé:

—Me parece que me voy a ir a la cama.

—Y yo. Pero con estos. —Apagó la música.

—Yo, sola. Me está empezando a doler la cabeza.

—¿En serio? ¡Yo estoy como en una nube! No sé qué será esto que hemos bebido, pero tengo unas ganas de marcha…

—Pues pásatelo bien, y mañana me cuentas —dije, mientras entraba en mi cuarto y cerraba la puerta.

Por alguna extraña razón, las drogas no se llevaban bien conmigo. No es que las hubiera consumido mucho, pero las veces que había probado alguna, lejos de experimentar esos efectos tan “positivos” que se supone que tienen, lo que me habían dado eran dolores de cabeza o nauseas.

A duras penas me puse el pijama y me tumbé en la cama mientras todo me daba vueltas. Por una parte, envidiaba a mis amigas, que debían estar pasándoselo de lo lindo, a juzgar por las risas y los gritos que se oían a través de la pared. Por unos instantes pensé en unirme también a ellas pues no era la primera vez que hacíamos una orgía en nuestro apartamento. Pero ciertamente, no tenía el cuerpo para eso. Al final, creo que me quedé dormida, y fue entonces cuando tuve la experiencia más… sobrenatural, de toda mi vida.

Yo estaba en un lugar indeterminado, vistiendo el mismo pijama con el que me había acostado. Era como una sala enorme, al atardecer, aunque no había ventanas de ninguna clase ni fuente de luz alguna. Al fondo de la misma, una figura comenzó a hacerse más grande, acercándose a mí. No sabría decir si era hombre o mujer, ni la edad que podría tener. Solo sé que tenía unos ojos extraños que miraban hacia el infinito con una mirada algo perturbadora y un semblante lívido. Llevaba una túnica blanca que mostraba gran parte de los hombros y que le llegaba hasta los tobillos, e iba descalzo, igual que yo. Era más o menos de mi estatura, y llevaba el pelo rubio y corto, ligeramente rizado. Claramente era un ser de ultratumba, que se colocó a mi lado, y permaneció impávido mientras yo no me atrevía ni siquiera a mirarlo de frente, y tan solo lo hacía de reojo.

El ser permaneció así durante unos segundos en los que estaba como petrificado, sin pestañear, aunque no inmóvil: mirando con el rabillo del ojo pude ver que sus manos se movían ligeramente.

Por fin, como no me gusta la incertidumbre y soy una persona curiosa, le pregunté:

—¿Quién eres?

El ser se giró para mirarme y respondió:

—Mi nombre es Effekadesh, y soy tu ángel de la guarda.

—¿Mi ángel... de la guarda?

—Sí. Pero puedes llamarme Jeff.

La pianista

Effekadesh me agarró de la mano, y en ese momento, el escenario cambió radicalmente. Ahora estábamos como flotando en el aire, pero no era la atmósfera de la Tierra. Era otro lugar. Un lugar que mantenía la iluminación de la estancia anterior, quizá un poco más sombría, como si estuviera a punto de anochecer. Estábamos flotando, pero yo no tenía la sensación de que hubiera aire o viento a nuestro alrededor. Era todo como un gran vacío, inmenso, sin punto de referencia alguno, en el que tan solo estábamos él y yo.

—¿Dónde estamos? —pregunté, algo asustada.

—Estamos en el Purgatorio, Martina.

—¿En el… purgatorio? ¿En serio? ¿Eso existe… de verdad?

—Ahora lo verás.

De nuevo, me agarró fuertemente de la mano, y, sin saber cómo, el escenario volvió a cambiar. Ahora estábamos en una habitación similar a aquella tan grande del principio, con una iluminación algo más clara y un techo muy alto, solo que ahora se oían unas sutiles notas de piano.

Era una melodía muy bella, aunque algo melancólica. Effekadesh me hizo avanzar hacia adelante, pisando sobre un suelo ajedrezado de brillantes baldosas blancas y negras, y cada vez las notas se oían mejor. Fue entonces cuando pude ver de dónde provenían.

Era una mujer muy bella vestida con un traje de novia. Una mujer esbelta, con unos gráciles brazos que sobresalían de un vestido de encaje que se le ajustaba a la perfección. Su cabello oscuro brillaba con destellos, a la vez que una coleta alta se agitaba despacio, al son de las notas. Con dedos largos acariciaba suavemente las teclas, mientras algunas lágrimas resbalaban por sus mejillas y se esparcían en minúsculas gotitas sobre el teclado.

Me parecía un lugar demasiado grande para albergar solo a una pianista con su instrumento, y fue entonces cuando me apercibí de que no estaba sola. En efecto, como a unos diez pasos de distancia, se encontraba, detrás de ella, un gran sofá donde un hombre permanecía en silencio.

Era el novio. O al menos, era un hombre joven, de una edad similar a la mujer, que vestía un elegantísimo traje de etiqueta de color negro con una camisa blanca y brillante, como de seda.

El hombre miraba a la mujer que estaba de espaldas, aunque ciertamente, no la estaba viendo. Era como si mirase a través de ella, mientras escuchaba atentamente esa triste melodía.

—¿Quiénes son estas personas, Jeff? —pregunté, llena de curiosidad.

—Esteban y Clotilde. Son esposos. Han muerto, hace mucho tiempo. Afortunadamente para ellos, pudieron confesarse antes de morir, y por eso están aquí.

—No entiendo nada. ¿Qué están haciendo?

—Como te he dicho, son marido y mujer. El sagrado vínculo del matrimonio los unió para siempre; pero en realidad, nunca se conocieron. Nunca se entregaron de verdad el uno al otro, pues se reservaron algo muy importante para sí mismos: la facultad de crear. No fueron generosos, ni con ellos mismos, ni para dar la vida a otros: se hicieron voluntariamente estériles, pues usaron anticonceptivos.

Lo miré, mientras él contemplaba a aquellos dos con un gesto triste. Todavía no me había respondido a mi pregunta, y le dejé continuar.

—No se entregaron el uno al otro plenamente, reservándose para sí algo tan importante en un matrimonio como es la fertilidad. Convirtieron sus relaciones sexuales en puro hedonismo, despojándolas de todo sentido y asemejándolas a la masturbación.

» Y por esa razón, están condenados a estar juntos durante todo el tiempo que permanezcan aquí, que, como te digo, ya va para varios siglos. Pero no se pueden mirar ni tocar el uno al otro. Solo pueden contemplarse de espaldas, durante el tiempo que dure su expiación. Él se pasa las noches sentado en ese sillón mientras contempla y escucha a su mujer tocar el piano, mientras que por el día es ella quien lo escucha a él recitar poesías. Unos poemas melancólicos, llenos de sentimiento, de tristeza y de lamento, mientras esperan a que llegue el día de su liberación.

—¿Cuándo será eso?

—Solo Dios lo sabe. Mañana, cuando amanezca, podrás oír alguno de esos poemas.

—Y, ¿qué pasaría si él se levantase e intentara tocarla?

—No podría. Sus manos atravesarían el aire como si allí no hubiera nada.

—¿Y si avanzara hacia allí para verla de frente?

—No vería nada. Solo el piano y la banqueta vacía.

—¿Y si fuera ella quien lo hiciera?

—Si ella se girara ahora mismo, vería el sofá vacío. Solo puede contemplarle de espaldas, por el día, y siempre y cuando él se dé la vuelta. Es el precio que están pagando por no haberse conocido de verdad en la Tierra. Ahora, tampoco se conocen.

—¿Por qué tiene que ser así?

Effekadesh suspiró y me miró con una mezcla de lástima y de compasión. Sus grandes ojos se abrieron todavía más, y me dijo:

—El matrimonio exige una entrega incondicional de los esposos, y estos dos, deliberadamente, no lo han hecho. Se han robado mutuamente una parte de sí mismos, es decir, no se han entregado en plenitud. Y las actuaciones de los hombres en el Tiempo se fijan en la Eternidad, de forma que quien haya hecho el bien gozará eternamente de sus beneficios, pero también, sus males lo perseguirán para siempre. En este caso, su egoísmo, su falta de generosidad.

» Solo aquí, en el Purgatorio, si se dan las debidas condiciones, se da una segunda oportunidad que siempre conduce al Cielo. Aunque eso sí, pasando por la purificación que estás viendo. Nada sucio puede entrar en el reino de Dios.

—¿Por qué van vestidos de novios? —pregunté, después de escuchar un poco más aquella triste melodía.

—Porque los novios deberían casarse vírgenes. Y estos, como no se conocieron en plenitud, es como si todavía no hubieran consumado su matrimonio. Sería algo parecido a la ansiedad típica de los esposos, que arden en deseos de que termine la boda para conocerse plenamente. La ansiedad que padecen estos es muy parecida, pues arden en deseos de que termine su purgación para amarse y amar a Dios. Pero con la diferencia de que los novios saben cuándo acabará la boda para que llegue el momento de gozarse, y estos, para su desgracia, no lo saben.

Permanecimos en silencio contemplando un poco más aquella triste escena, y entonces caí en la cuenta.

—Jeff, no puede ser. Si estos dos llevan aquí tantos siglos, no pudieron haber usado anticonceptivos. Se inventaron en el siglo XX.

Effekadesh se giró despacio y sonrió ligeramente. Una sonrisa triste, que hizo que la comisura de su pequeña boca se girara algo hacia abajo.

—Martina, en la Eternidad no existe el tiempo. Ellos nacieron en siglo XX, pero eso no impide que lleven aquí varios siglos.

—¿Quieres decir que tú y yo hemos viajado al futuro?

—Sí, puedes verlo de esa manera.

Yo seguía sin comprender demasiado cómo era eso posible, pero no pude seguir pensando más sobre ello. De nuevo, el ángel me agarró fuertemente de la mano, y otra vez el escenario cambió.

Desolación

Ahora estábamos al aire libre, de pie en un paisaje. Era un paisaje desolado, devastado, como si hubieran pasado sobre él los cuatro jinetes del apocalipsis. No había hierba ni vegetación alguna; tan solo algunos árboles secos y quebrados, que se disponían aquí y allá y salpicaban el inmenso paraje como puntos, o más bien, rayas negras. Esto sí que parecía la Tierra, una tierra devastada, aunque quizá a un nivel muy primigenio.

Effekadesh giró la cabeza hacia la derecha con un movimiento lento, casi solemne, y yo, intrigada, seguí la dirección de su mirada. Lo que vi me dejó sin aliento: un camino, o mejor dicho, varios caminos que se bifurcaban como raíces secas en un suelo árido. Algunos eran más anchos, otros tan estrechos que apenas cabía un cuerpo. Por ellos avanzaban personas con una pesadez que dolía mirar, arrastrándose sin fuerzas, sin posibilidad de verse entre sí ni de intercambiar una sola palabra. El silencio era espeso, como si cada uno estuviera encerrado en su propio universo de sufrimiento.

Mis ojos se detuvieron en una figura que me golpeó el corazón: una mujer, no demasiado mayor, pero con el cuerpo castigado por la obesidad y la fatiga. Marchaba penosamente, sin piernas, con el trasero apoyado en una tabla de madera que parecía tan áspera como el camino mismo. Se impulsaba solo con sus brazos, que hacían las veces de muletas, y cada movimiento era una batalla perdida contra el dolor. El suelo pedregoso, lleno de obstáculos, convertía cada avance en una tortura interminable.

La mujer iba desnuda, como todas las demás almas, y sus lágrimas caían sin descanso, surcando su rostro como ríos de desesperación. Me quedé mirándola, sintiendo cómo algo dentro de mí se quebraba. Esta vez no pregunté a Jeff; la curiosidad y la compasión me empujaron hacia adelante. Podré tener muchos defectos, pero la timidez nunca ha sido uno de ellos. Siempre he sido lanzada, atrevida, y ahora esa parte de mí se imponía.

Me acerqué al borde del camino, con el corazón latiendo fuerte, y le hablé con voz firme, aunque por dentro temblaba.

—¿Qué le ha ocurrido?

La señora se detuvo. Sus brazos quedaron suspendidos en el aire, y alzó la cabeza con un gesto lento, como si le costara arrancarse del peso invisible que la aplastaba. Sus ojos, enrojecidos y llenos de lágrimas, se movieron buscando el origen de mi voz, aunque pronto comprendí que no podía verme. Había en su mirada una mezcla de sorpresa y cansancio, como quien escucha un eco inesperado en medio del desierto.

—Estáis en dimensiones diferentes, Martina —explicó Effekadesh, que se colocó a mi lado con su presencia luminosa y serena—. Es por eso.

Asentí, aunque mi curiosidad seguía intacta. Me incliné un poco más hacia ella, como si ese gesto pudiera acortar la distancia entre nuestros mundos.

—¿Por qué no tiene usted piernas? —pregunté, sin rodeos.

La mujer respiró hondo, y sus hombros se sacudieron con un leve temblor. Luego comenzó a hablar, secándose las lágrimas con el dorso de su mano, en un gesto que parecía aprendido de tanto repetirlo.

—Cuando yo me casé —dijo con voz quebrada, pero firme, secándose las lágrimas con el dorso de su mano—, dejé a un lado mi individualidad, es decir, dejé de ser yo, para convertirme, junto con mi esposo, en una cosa más grande, más plena, más completa: nos constituimos en una familia. Y esa es una empresa conjunta en la que muy frecuentemente la persona debe abandonar el "yo", con tal de que sobreviva el "nosotros".

La mujer hablaba como si estuviera recitando una lección. Como si se lo hubiera aprendido de memoria, y ahora llegaba el momento de soltarlo ante quién demandaba una respuesta.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté, suavemente

—Me llamo Lucía —respondió, y su voz se quebró apenas al pronunciar su nombre, como si ese sonido le recordara algo perdido. —Como he dicho, yo dejé de ser la persona que era, para formar una familia. Una familia a la que yo, como parte indisoluble de esa nueva realidad, debía dedicarme por completo, de la misma manera que antes me dedicaba a mí misma, pues mi esposo tampoco era ya una persona separada y diferente, sino que formaba parte de mí, de la nueva realidad que yo ya era. ¿Lo entiende usted?

—Sí, creo que sí.

—Muchacha, por la voz creo que es usted joven. Lo que le he descrito se llama pertenencia. Mi marido me pertenecía y yo le pertenecía a él. Pero ojo, no es una pertenencia como la que se tiene respecto a una casa, a un terreno, o a un mueble. Porque esas cosas, si se pierden, en realidad no se pierde nada. Pero si se pierde, pongamos por caso, una pierna o un brazo, ¡eso sí que es una pérdida! Una pérdida irrecuperable, y para siempre. Ese el tipo de pertenencia a que se refiere el matrimonio, el matrimonio cristiano, y por eso no tiene sentido alguno la separación, pues sería equivalente a una amputación.

—Me parece que ya lo entiendo —afirmé mirando al lugar donde deberían estar sus piernas.

—En definitiva —siguió—, puedo tener una pierna que no me funcione, que tenga los tendones mal, o que tenga artrosis. Pero es *mi* pierna, y no puedo cambiarla por otra “ortopédica”, que siempre, siempre, será peor, por la sencilla razón de que no es la mía.

—Así es, Martina —confirmó Effekadesh, y al hablar, Lucía lo miró, escrutándolo de arriba a abajo. Al parecer, las almas del Purgatorio sí pueden ver a los ángeles—. Ya os lo dijo Jesús cuando estuvo en la Tierra: *«el hombre y la mujer dejarán a sus padres y se unirán para formar una sola carne; por consiguiente, ya no serán dos sino uno solo»*.

—*«Y lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre»* —completó Lucía—. *«Cualquiera que se divorcie de su mujer y se case con otra, comete adulterio contra ella; y si ella se divorcia de su marido y se casa con otro, también comete adulterio»*.

—Correcto. ¿Entiendes por qué no es posible el divorcio, Martina? —preguntó Jeff, mirándome con esa calma tan desconcertante.

—Creo que sí. Es porque ya son uno solo, ¿verdad?

—Así es. Pongamos por caso que a ti te gusta la leche con azúcar, y siempre te preparas un vaso antes de irte a dormir.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —Abrí los ojos con sorpresa y sonreí apenas.

—Soy tu ángel de la guarda. Lo sé todo sobre ti.

—Ah, claro —respondí, sintiendo un calor extraño en el pecho. Era reconfortante, y a la vez inquietante, saber que alguien me conocía tan bien.

—Cuando tú mezclas una cucharada en el vaso, una vez disuelta la mezcla, ya es imposible separar sus componentes, de forma que ya no puedes tener de nuevo por separado el azúcar en polvo, como estaba al principio. ¿A qué no?

—No, claro.

—Ahora la mezcla ya es otra cosa. No es leche, ni es azúcar. Es leche con azúcar.

—Obviamente.

Hacía ya un rato que un hombre de mediana edad se había detenido a escuchar nuestra conversación. No lo había notado al principio, pero su presencia se hizo evidente cuando vi cómo sus ojos, hundidos y apagados, se clavaban en Effekadesh con una mezcla de respeto y súplica. El hombre no tenía brazos y tenía que llevar entre los dientes un pequeño recipiente que contenía un líquido en su interior. Era del tamaño de un vaso pequeño, más ancho que alto, y lo llevaba mordiendo un alambre que hacía de asa. El hombre miró a Effekadesh y este hizo un pequeño gesto con la cabeza, como dándole permiso para dirigirse a mí. Se inclinó con sumo cuidado flexionando las piernas para dejar el recipiente en el suelo sin derramar su contenido, y comenzó a hablar tras levantarse de nuevo:

—Otro ejemplo —miró hacia el lugar de donde provenía mi voz—. Bueno, antes de nada, me presento. Yo soy Lorenzo.

—Encantada —respondí, intentando que mi voz sonara cálida, aunque por dentro sentía una punzada de compasión

—En fin, a lo que iba. Yo puedo ser un soldado que pertenece a un ejército y participar en una guerra. Puedo quejarme de mi capitán o de los generales, y puedo criticar su forma de combatir, o la estrategia que están siguiendo. Puedo incluso tener razón. Pero en modo alguno para mí es una opción “cambiar de ejército”, por la sencilla razón de que no hay otro, y yo estoy luchando por mi patria. ¿Eso lo entiendes?

—Sí —contesté, dejándome llevar por su razonamiento. No soy nada partidaria del matrimonio, pero entendía la lógica de sus palabras. Me sorprendía cómo, incluso en medio de aquel sufrimiento, seguían defendiendo principios con tanta firmeza.

Lorenzo asintió, y sus ojos se iluminaron apenas, como si mi respuesta le diera un respiro.

—Es decir, no puedo pasarme al enemigo y ahora luchar contra los míos, pues eso sería un acto de alta traición. Lo que sí puedo hacer es, si mis compañeros han muerto o han sido apresados, si el enemigo nos ha derrotado y aun así quiero seguir luchando por una causa justa, formar otro ejército con nuevos soldados, y continuar la lucha.

Me miró, o mejor dicho, miró a la derecha de Effekadesh, y entonces yo pregunté:

—Sí, lo entiendo. En ese caso sería como volverse a casar si su mujer ha muerto. Por cierto, ¿qué lleva usted en ese recipiente? —Miré al suelo, donde lo había dejado mientras me hablaba.

—Es mi semilla —contestó, avergonzado—. La deposité en un lugar que no debía, y ahora tengo que devolvérsela a su legítima dueña.

—¿Le está esperando su... legítima dueña? —pregunté con cautela.

—No lo sé. Solo Dios lo sabe. A él le rogué que me perdonara justo antes de morir, y gracias a eso he podido salvar la vida.

—¿Salvar la vida? Pero, ¿entonces no ha muerto usted?

—¡Claro que he muerto! ¡Qué pregunta tan estúpida! De no haberlo hecho, no llevaría ciento treinta años, nueve meses, ocho días y catorce horas caminando por este lugar y llevando esto entre los dientes.

—Claro, claro —balbuceé—. Y... Y, ¿qué pasaría si se le derramase... su semilla? ¿Le ha ocurrido alguna vez?

—¡Uy! ¡Muchas veces! ¡Ya me podrían haber dado el vaso con un tapón! La semana pasada, mismamente. Estaba a punto de alcanzar la cima de esas montañas de ahí detrás —las miró, y yo me volví para verlas también—; había pasado ya las cuestas más escarpadas... que es algo que, como te puedes imaginar, no es nada fácil de hacer estando descalzo, desnudo y sin brazos.

Me volví de nuevo. Sí, eran montañas altas, con nieve en la cima. Así era todo el paisaje: montañas y valles, unas detrás de otras.

—Y entonces, ¿se le derramó?

—Pues sí. Como te digo, ya había ya pasado lo peor y ¡zas! Un resbalón de lo más tonto, y toda la semilla derramada.

—Y, ¿qué pasó?

—¡Pues qué va a ser! ¡Vuelta a empezar desde el principio! Hay que esperar hasta el día siguiente para que se llene el vaso de nuevo, y a subir otra vez la montaña. ¡Qué remedio! Y yo no soy de los que peor están, ¡eh! Algunos ángeles me han dicho que muchos hombres llevan recipientes más grandes y pesados.

—Claro —intervino Effekadesh—. Todo dependerá de las veces que hayan derramado su semilla en mujeres ajenas.

—Exactamente. Yo no sé cómo se apañarán algunos para llevar con los dientes tanto peso.

—Es que tienen que hacer varios viajes —informó Jeff.

—¿Varios viajes? —El hombre abrió los ojos como platos—. Pues si yo que he engañado a mi mujer solo una vez, llevo aquí ya 130 años... ¿Cuánto tiempo lleva entonces esa gente?

—Siglos, Lorenzo. Muchos siglos —respondió Effekadesh con solemnidad—. Pero todo dependerá de los casos. Siempre hay agravantes y atenuantes.

—Por supuesto —murmuró Lorenzo.

—Por ejemplo —continuó Jeff—, no es lo mismo ser seducido por una meretriz sin que se haya buscado activamente, que haber forzado a una adolescente.

—Sí, claro —comprendió—. O haber cometido adulterio con una sobrina, o incluso con una hija.

—¡Qué horror! —puse un gesto de asco—. ¿Cuánto tiempo entonces llevan esos monstruos aquí? —pregunté.

—Los pocos que no están en el infierno... miles de años —respondió Jeff con voz grave.

—¡Qué barbaridad! —exclamé, y el hombre sin brazos asintió. Entonces no pude resistirme a preguntarle:

—Y, si no es indiscreción, en su caso...

—Yo engañé a mi mujer con una vecina... y la busqué activamente, para mi desgracia. ¡Pero solo fue una vez! ¿Me has oído? ¡Sólo fue una vez!

—Sí, sí. Le creo —dije, intentando sonar comprensiva—. Pero, si fue solo una vez, eso simplemente es un desliz... ¿Por qué se ha quedado usted sin brazos? ¿No volvió con su mujer?

El hombre miró hacia otro lado, como avergonzado.

—No tiene por qué contestarme, si no quiere —añadí suavemente.

—No, si aquí vergüenza ya no nos queda —respondió con amargura—. Si me estás viendo con esta pinta, desnudo, sin brazos, escuálido, demacrado... ¡Qué más da ya! —El hombre hizo una pausa, y dijo:

—Es que sí la repudié. La abandoné y después me acosté con mi vecina... que era una mujer recién llegada, muy apetecible, mucho más joven que yo y que mi mujer, y... claro..., me dio un infarto nada más terminar.

—¡Ah! —exclamé, sin saber qué decir.

—¡No me morí en el "acto"... de milagro! ¿Tú sabes cuánto tiempo llevaba yo sin catar una cosa así?

—Ya me imagino...

—El infarto me dejó bastante maltrecho. ¡No duré ni un día! Y menos mal que mi hija consiguió que me viera un sacerdote antes de morir, que si no...

—Si no, ¿qué?

—¡Pues qué va a ser! Si no hubiera sido por eso ahora mismo estaría quemándome en el infierno por toda la Eternidad.

—Ah, claro —dije, con un nudo en la garganta.

—Muchacha, esto es duro, pero por lo menos, algún día acabará.

—Ya. Bueno, le deseo mucha suerte —respondí, con sinceridad.

—Muchas gracias —suspiró—. En fin, me tengo que marchar. Espero poder llegar a esas montañas de ahí delante antes del amanecer.

—¿No duerme usted?

—¡Ja! ¡Aquí nadie duerme! No nos lo podemos permitir. Tiempo dormido, es tiempo perdido. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo. Lo dicho, dese prisa. Le deseo mucha suerte y que encuentre pronto a su mujer para entregarle su semilla.

—Eso espero —suspiró—. Sinceramente, no sé si estará aquí o estará ya en el Cielo (espero que no esté en el infierno). Pero tengo la certeza de que algún día la encontraré y le entregaré esto, y me uniré de nuevo a ella para toda la Eternidad.

El hombre se inclinó, volvió a morder el asa de aquel pequeño calderito, y se levantó, continuando su camino, sin volver la vista atrás. Lo vi alejarse, y sentí que su silueta se fundía con la inmensidad gris del purgatorio, como una sombra más en aquel paisaje interminable.

—Oye, Jeff —pregunté, cuando ya se había alejado lo suficiente—, ¿tú sabes dónde está la mujer de este?

—No lo sé. Como tampoco sé dónde está el marido de Lucía. Normalmente, si están en el Purgatorio, se suele hacer coincidir el momento de la expiación de ambos. Entonces, Lorenzo entregará su semilla a su legitima dueña, y Lucía recibirá sus piernas de su marido. Después, los dos esposos subirán al Cielo. Y si la esposa o el esposo estuviera ya allí, bajaría entonces a recogerlos.

—¿Y si estuvieran en el Infierno? ¿Podrían venir igualmente?

—De allí nadie puede salir. En ese caso, Lorenzo entregaría su semilla directamente a Dios, y ya se quedaría con Él. Igual le ocurriría a Lucía. Sería el Señor quien le devolviera las piernas.

—¡Cuánto deseo que llegue ese momento! —exclamó la mujer, que seguía allí detenida. Entonces le pregunté:

—Y usted, señora, ¿también consiguió salvar su vida?

—¡Ya lo creo! Y todo se lo debo a mi ángel de la guarda. ¡Oh, Dios mío! ¡Envíamelo más a menudo, que ya hace tiempo que no lo veo!

—Creo que te visitó ayer —corrigió Effekadesh—. Es amigo mío y me lo ha contado.

—¿Fue ayer? Sí, puede ser. Él viene de vez en cuando y me reconforta. Si no hubiera sido por Marilíadesh...

—¿Cómo la salvó? —pregunté, intrigada.

—Fue en el hospital. El capellán se pasaba de vez en cuando por las habitaciones en busca de moribundos para darles la extremaunción, pero los familiares lo ahuyentaban. Los míos lo hacían de malos modos, de hecho. Pero Marilíadesh no dejaba de trabajar para buscar una ocasión propicia, y la encontró, justo al límite...

—¿Qué paso?

—Se fueron a comer. El médico les había dicho que yo me encontraba estable dentro de la gravedad, y pensaron que no me moriría en ese momento. ¡Oh Dios mío! —la mujer se puso a llorar con mucha compunción—. ¡Cuántas gracias te doy por haberme salvado! ¡Cuánto te debo a ti y a tu ángel!

Lucía se secó las lágrimas de nuevo y siguió:

—En ese momento apareció el sacerdote y me dijo: *"¿quieres recibir la unción de enfermos?"* Yo dije que sí. Total, ¿qué tenía que perder? Sabía que me iba a morir, pues ni la cirugía había conseguido arrancarme ese dichoso cáncer que comenzó en mis pechos y ya se extendía por todo mi cuerpo...

—Tiene usted unos pechos muy bonitos —la consolé, y era verdad. A pesar de ser una mujer mayor, tenía los senos turgentes, como si fuese una adolescente.

—Me amputaron los dos pechos, y ni con eso consiguieron detener el cáncer.

—¿Se los amputaron?

—Sí, hija. El Señor restablece en el Más Allá todo aquello que Él quita, pero... ¡Ay! Lo que amputamos nosotros... ¡eso cuesta mucho más trabajo recuperarlo...!

—Su marido.

—Así es. Llevo ya muchos años arrastrándome por estos caminos intentando buscar mis piernas, pero sólo Dios sabe cuándo las encontraré. Me divorcié de mi esposo por una nadería, y ya ves, hija, ahora me veo de esta manera. Caminando —bueno, caminando es un decir— ¡arrastrándome! por estos caminos llenos de piedras afiladas como cuchillos, apartándolas como puedo para seguir avanzando.

—Avanzando... ¿hacia dónde?

—Siempre hacia delante —respondió, con determinación—. ¿Ves aquellas montañas del fondo? —Las miré. Aparecían con un tono azulado debido a su lejanía—. Habré recorrido una distancia como esa unas ochocientas veces, arrastrando mi trasero sobre esta tabla.

Me quedé estupefacta.

—Y, ¿por qué se divorció usted? Antes me ha dicho que fue por una "nadería".

La mujer se quedó mirándome en silencio, o, más bien se quedó mirando hacia el punto de donde provenía mi voz, y después me dijo:

—Hasta hace poco te hubiera dado la siguiente respuesta: «Bueno, las mujeres que llegamos a cierta edad, pongamos, alrededor de los 50, tenemos unos fuertes cambios hormonales que nos vuelven más irascibles, y ya no soportamos cosas que antes no eran tan importantes. Como por ejemplo, que el marido siempre se deje la tapa del váter levantada, que no haga labores domésticas, o que prefiera quedarse en casa viendo el fútbol antes que salir con la esposa. En esas circunstancias, cualquier chispa prende un fuego que ya había acumulado demasiado combustible».

—¿Eso fue lo que pasó?

—Eso fue lo que pasó. Comencé restringiéndole el acceso a este cuerpo —se miró—, que es el suyo, y por tanto debe estar a su disposición. Igual que el suyo es el mío y debo poder hacer uso de él cuando lo considere oportuno.

—¿Y si a él —o a ella— no le apetece?

—Somos uno. Ya no existe más él o yo, pues somos una misma cosa. Si tu mano derecha tiene picor, ¿no la rascarías con la izquierda, aunque tuvieras algo mejor que hacer? Sí, ¿verdad?

Asentí.

—Muy importante tendría que ser eso otro para que dejaras de hacerlo. Pues bien —siguió—, eso solo fue el comienzo, que originó que él también estuviera más irritable; y yo a su vez más todavía. El caso es que discutimos por enésima vez y lo eché de casa. Le dije: «¿ves esta puerta? Pues fíjate bien en ella, porque no la vas a volver a ver más en toda tu vida».

—¿Eso le dijo?

—Eso le dije, y cumplí mi palabra. Él no volvió a ver esa puerta, aunque otros hombres sí la vieron. Hombres que, por cierto, resultaron ser, si no iguales, al menos parecidos. El príncipe azul no existe.

—Desde luego que no. Eso ya lo sé yo.

—Al final me vi en la más completa soledad, maldiciendo mi suerte, una suerte que yo misma me había buscado.

—¿Por qué dice eso?

—Porque cuando llegaron los días terribles de mi enfermedad, allí no había nadie para consolarme y darme un beso. Mi marido podría ser un aburrido, un comodón y un soso. Pero no era malo.

—Claro. Y, ¿por qué me dijo antes que ya no da esa respuesta? Todo aquello de la edad problemática, los cambios hormonales y todo eso. ¿Cuál es la respuesta que daría ahora?

—Aquello era una excusa para mí misma. Que yo estuviera en una mala edad y que la convivencia desgasta, era una excusa para tratar de justificarme. Es lo que pensaba cuando llegué aquí: que me vi obligada por las circunstancias.

—Bueno, en realidad fue así, ¿no?

—No, no fue así —suspiró, mientras una lágrima se volvía a escapar de sus ojos—. La realidad es que yo fui una egoísta y solo pensé en mí misma. Es lo que te dije antes. La familia es una unidad, y separándote haces daño a otros, por no hablar de los hijos. En realidad, te haces daño a ti misma —se miró al lugar donde deberían estar sus piernas—. Solo pensé en mí, para al final acabar peor de como estaba: me quedé sola, amargada, frustrada y enferma, sin nadie a mi lado. Me está bien empleado este castigo, que tardé bastante tiempo en comprender.

La mujer hizo ademán de volverse para seguir su camino, a pesar de que estaba en unas condiciones francamente lamentables.

—¿Por qué no se detiene usted un poco más? ¿No está cansada?

—¡Claro que lo estoy! ¡Estoy muerta de cansancio! ¿No ves las heridas que tengo? —me las enseñó. Tenía los nudillos y las palmas de las manos ensangrentadas, pues eran su único medio de propulsión—. Pero si me detuviera —siguió—, se alargaría también mi tiempo de estancia aquí.

—¿Cuánto se alargaría?

—Todo el tiempo que estuviera detenida.

—Y, ¿no sería mejor, para así avanzar después con más ánimo?

—¿Más ánimo, dices? ¿Más ánimo del que ya tengo? Díselo tú, ángel.

—No. Mejor díselo tú, Lucía.

La mujer suspiró, y dijo:

—Mira, muchacha, no me puedo detener porque me devora, me consume, me lo impide el ansia viva que tengo por estar de una vez con Dios, por gozarle durante toda la eternidad estando en su presencia. Por eso no me puedo parar. ¿Lo entiendes, hija?

—Ya.

—Puedo pararme para hablar contigo durante unos minutos tal y como estoy haciendo ahora, y solo porque creo que eso me beneficia; porque debe agradarle a Dios de alguna manera que yo hable contigo en estos momentos, ya que aquí nada es casual.

La mujer se volvió a enjugar las lágrimas y se lamió las heridas de los nudillos, para disponerse a continuar. Esta vez apoyó las palmas de las manos, que, aunque también estaban destrozadas por la abrasión, no estaban tan laceradas. Me dio tanta lástima que intenté ayudarla, pero Effekadesh me detuvo:

—No, Martina. No podrás hacerlo. No solo no te ven, sino que tampoco pueden tocarte ni tú les puedes tocar a ellos. Tienes que dejarla que purgue sus pecados, hasta que Dios quiera.

Entonces me volvió a agarrar fuerte de la mano, y, como por arte de magia aparecimos en otro lugar.

La lluvia

Esta vez ya era plenamente de noche, y estábamos en un paraje similar al anterior, pero con una notable diferencia: ahora llovía. Era una lluvia persistente, a veces más intensa y a veces menos, como un aguacero en ocasiones, y otras veces más liviana como una simple llovizna. La humedad formaba una especie de bruma que, unida a la noche, hacía que la visibilidad fuera escasa.

Pero no por eso dejábamos de ver a los penitentes. Aquí no había caminos, sino que estos vagaban erráticamente por el paisaje desolado, sin rumbo aparente alguno. Parecían zombis que no paraban de lamentarse, y de vez en cuando se tumbaban en el suelo revolcándose por el barro. Estaban desnudos, y había casi tantos hombres como mujeres. Desde luego, estos sufrían más que los demás. No parecía haber consuelo posible para ellos.

—¿Quiénes son? —pregunté a Effekadesh.

—Son fornicarios.

—¿Qué?

—Personas que han mantenido relaciones sexuales con otras, sin estar casadas.

—Solteros, vaya.

—Sí, claro. Si han copulado con un casado o con una casada, el otro no sería fornicario sino adúltero —o adúltera—, y estaría con los de antes.

—¿Aunque se haya arrepentido?

—No. En ese caso, si el adúltero ha vuelto, o ha pretendido volver —aunque no lo haya conseguido—, con su esposo o esposa, Dios lo perdona y estaría en otro lugar. Un lugar diferente donde purgaría sus culpas y el pecado cometido.

—Espera, Jeff, no acabo de entenderlo. ¿Me estás diciendo que si un adúltero o adúltera se arrepiente, se le perdona?

—A ver, las cosas no son blancas o negras. Hay muchos atenuantes, y también agravantes. Si una mujer, pongamos por caso, se arrepiente de haber cometido adulterio, de haber expulsado a su marido de su vida, y quiere volver con él pero este la rechaza, su culpa queda bastante atenuada.

—Siempre y cuando ella no vuelva después con otro hombre, ¿verdad?

—Exactamente, Martina. Veo que vas comprendiendo. Ella sigue casada, y respeta su cuerpo, que no le pertenece a ella sino a su marido. No se lo entrega a otro hombre, pues sería robarle a su esposo lo que legítimamente le pertenece, igual que a ti te pertenecen tus brazos o tus piernas.

—Sí, sí, ya me di cuenta. Pero, ¿aunque ella hubiera sido la causa de que su marido se haya ido con otra, y por tanto él hubiera cometido adulterio con esa tercera?

—El marido entonces sería un adúltero y estaría en el lugar de antes. Ella no sería adúltera, pero sí sería responsable de un adulterio, y estaría purgando sus penas en otro lugar. El lugar donde están los que han hecho daño a otros, o los que, por su culpa, han originado que otros se condenen en el Infierno. Esa gente sufre indeciblemente, como ya podrás comprobar.

—¿Los del Infierno?

—No. Allí no iremos. Me refiero, a los que sufren en el Purgatorio. Son aquellos que se llaman “los causantes”. Ciertamente, son los que más tiempo llevan en este lugar, y, ¿sabes qué? Se abrazan a esos sufrimientos y desean hacerlos si cabe más grandes, a causa de todos los remordimientos que tienen. Solo la misericordia de Dios podrá, algún día, sacarlos de aquí.

—Ya, claro. Del infierno es imposible salir. ¿No es así?

—Así es. Los condenados tienen allí unos remordimientos horribles, que no los dejan vivir. Tantos, que jamás saldrán de ese lugar, entre otras cosas, porque jamás aceptarán la misericordia de Dios.

—¿Por qué?

—Porque sus pecados son muy grandes y los cubren por completo. No queda nada sano en ellos que pueda sanar a lo demás. Y eso es porque han muerto sin arrepentirse de nada ni pedir perdón a Dios. Su voluntad queda fijada en el momento de la muerte, y ya no hay remisión posible. Es indescriptible el horror que se sufre en ese sitio, Martina.

Tragué saliva. El Infierno tenía que ser un lugar terrible, mucho más de lo parecía que era el Purgatorio. Mismamente, en esta zona de lluvias en la que nos encontrábamos ahora, la gente parecía sufrir bastante. Una lluvia que, por cierto, era agua salada, según pude comprobar cuando cayó en mis labios.

—Este sitio también es bastante malo... —comenté, a juzgar por los gemidos y revolcones que se daban por el suelo aquellos *fornicarios*.

—¡Ah!, no tiene comparación, Martina. Estos penitentes saben que finalmente llegarán al Cielo, y ahora sufren por verse tan manchados de iniquidad.

—¿Por qué tienen esas llagas? —pregunté, al verlos cubiertos de heridas. Unas heridas que, por cierto, acentuaban su dolor con el agua salada.

—Han ensuciado sus cuerpos con la fornicación. El cuerpo de un hombre o de una mujer solo puede ser utilizado sexualmente por su legítimo esposo o esposa. Por eso es. Fuera del matrimonio, nadie puede osar entrar en ese espacio sagrado.

—Pero, en realidad… ¿no es lo mismo? —pregunté, al darme perfecta cuenta de que yo era también una fornicaria—. Si dos personas se quieren…

—No, Martina. Si dos personas se quieren, lo que tienen que hacer es casarse. Es como darse un baño. Uno puede bañarse en una piscina de agua bendita, pues eso es lo que es el matrimonio, es decir, un lugar que unge a los esposos con ese sacramento que es santo, y que se materializa cada vez que se conocen y hacen el amor. Y otra cosa muy distinta es sumergirse en un lodazal de aguas infectas y malolientes. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro. En ese último caso, una puede salir de allí enferma. ¿No es así?

—Así es. Enfermos están todos estos —los miró—, y se revuelcan en el barro para intentar curarse, pues se consideran miserables y dignos de toda reprobación. El lugar de su cuerpo donde un extraño les ha tocado con fines ilícitos, allí se ha desarrollado una llaga que no se curará ni se cerrará en todo el tiempo que estén aquí.

Me fijé un poco más a pesar de la oscuridad y pude ver que muchos de esos desgraciados eran verdaderas llagas andantes. No quedaba prácticamente ni una parte sana en todo su cuerpo. Por no hablar de sus genitales, cuyo aspecto causaba verdadero espanto mirarlos de tan mal como estaban.

—Pero, ¿por qué tiene que ser así? ¿Por qué ese castigo tan severo? ¿Qué tiene el matrimonio para que sea tan importante?

—Es la eficacia del sacramento, Martina, y que poca gente le da la importancia que merece. Allí donde pone Dios su sello, nada es como era antes. Se transforma un acto como ese en un acto santo, un acto que Él quiere y desea, siempre y cuando esté abierto a la vida. Ni siquiera los sacerdotes tienen el privilegio de poder hacer uso de ello. Es un sacramento que imprime una gracia, que da fuerza a los esposos para avanzar juntos hacia Dios en plenitud, y así poder luego gozarle y gozarse eternamente en la compañía de los bienaventurados. Es incomparable eso con la fornicación que persiguieron estos insensatos, y que los ha llevado hasta aquí.

Verdaderamente eran dignos de lástima, y entonces pregunté:

—¿No puede apiadarse Dios de ellos? Parecen tan arrepentidos...

—Y lo están, Martina. Lo están. Ciertamente, Dios se apiada de ellos. El estado de compunción y el sufrimiento que padecen es tan enorme, que son los que menos tiempo permanecen en este lugar. El fuego del Purgatorio los consume rápidamente, y así se purifican más deprisa. Me refiero, por lo general. Otros pasan desde aquí a otros sitios, a otros niveles, para redimir la culpa de otros pecados distintos. O quizá vengan ya de allí, y este sea su último nivel.

—Ya veo. Nadie comete un solo tipo de pecados, ¿no es así?

—Desgraciadamente, así es. Pero ten en cuenta una cosa: aquí están porque se han arrepentido antes de morir y han pedido perdón a Dios, aunque sea de una forma imperfecta, es decir, sin confesión. Los que no se arrepienten...

—Si, ya sé, ya sé. Están en el otro sitio, en ese que no me vas a llevar.

Entonces noté que iba a apretarme fuerte de la mano, y eso solo significaba que me iba a llevar a otro lugar.

—¡Un momento! —lo detuve—. ¿Por qué estas mujeres van vestidas? —pregunté, señalando a un grupo de personas a nuestra derecha. Pasaron cerca de nosotros, y por eso pude verlas con claridad.

—¿Tú crees que van vestidas?

—Sí, ¿no?

Ciertamente, iban vestidas. Iban vestidas tal y como yo suelo ir vestida en verano, y a veces en invierno. Llevaban minifaldas y escotes, y algunas marchaban en bikini o incluso en “top-less”. También la lluvia salada machacaba sus llagas, aunque estas solo estaban en ciertos sitios, los sitios que no estaban cubiertos por la ropa.

—¿Recuerdas lo que te dije antes?

—¿El qué exactamente?

—Te dije que, fuera del matrimonio, nadie puede osar entrar en el espacio sagrado que representa el cuerpo de los esposos.

—Ya. Estas son fornicarias, claro.

—No, no lo son. Si lo fueran, estarían desnudas. O puede que también lo sean, pero en este momento no están purgando el pecado de fornicación, sino el pecado de impudicia.

—¿De impudicia? ¿Qué es eso?

—La impudicia consiste en mostrar públicamente ciertas partes de la anatomía femenina, aunque sea parcialmente.

—¿Qué partes?

—Pues ya te puedes imaginar. Y no solo mostrarlas, sino también sugerirlas.

—O sea, vestir de forma "atrevida". ¿No es así?

—Así es.

—Pero Jeff, ¿cómo puede seguir eso vigente? Las cosas han avanzado. ¿Cómo es posible que eso siga siendo pecado?

—Ah, esa es la típica pregunta que mucha gente se hace: «Si el mundo ha cambiado, ¿porque no cambia Dios?»

—Pues sí.

—Martina, está muy bien avanzar en medicina, en tecnología, en hacer un mundo mejor y más próspero para los seres humanos. Pero las leyes morales son eternas, y estas han sido dadas por Dios para el bien de sus hijos. No lo olvides.

—Sinceramente, no sé qué daño puede hacer mostrar un escote, por ejemplo.

—A los hombres les hace daño, aunque pueda parecer lo contrario. La impudicia femenina daña a los hombres de una manera muy perniciosa, haciendo que deseen a otras mujeres y no a la suya.

—Bueno, no creo yo que solo por eso...

—Por eso y por lo que significa e implica la unión conyugal. Es lo que te he dicho antes. Nadie puede entrar en el espacio sagrado que es el cuerpo de una mujer, ni siquiera con la vista. Solo su marido puede hacerlo. Solo su esposo puede ver su desnudez, y ella la de él. Recuerda que son una sola carne, y es como si se vieran a sí mismos.

—Pues aquí en el Purgatorio no se cumple lo de la impudicia, Jeff. Casi todo el mundo va desnudo...

—Sí, pero no se ven unos a otros. Salvo que sea necesario para su purificación, lógicamente, como en el caso de Esteban y Clotilde.

—Y además esos iban vestidos —de novios—, y solo se veían de espaldas, por cierto.

—Así es. Y no podían tocarse, recuérdalo.

—Ya, ya.

—Martina, la desnudez también es una forma de purgación, pues aquí representa la privación. Desnudas vinisteis las personas al mundo, y desnudas lo abandonáis. ¿Quién no ha tenido apego a sus pertenencias o a su dinero? ¿Eh? Así estos purgantes se dan cuenta de

dónde se queda todo eso cuando se mueren. Nada de lo que acumularon en la Tierra se conserva para el Más Allá; ninguna riqueza, salvo aquello que enriquece al alma.

En ese momento pensé en la cantidad de ropa y vestidos que yo tenía. No repetía ningún conjunto para la temporada siguiente, pues mi sueldo, sin ser especialmente alto, me daba de sobra para comprarme todo tipo de caprichos. Eso era lo bueno de no tener hijos ni familiares que dependieran de mí. El dinero era solo mío.

—Además, Martina, este es un lugar de purgación, y los que purgan y expían sus miserias son miserables, la propia palabra lo dice, y por tanto, no tienen de nada y carecen de todo. No tienen ni siquiera ropa con la que abrigarse cuando hace frío o cubrirse la piel para que el sol no les abrase. Y por si fuera poco, como puedes ver, aquí no hay comida, y todos están famélicos y hambrientos.

—Bueno, casi todos. Lucía no estaba delgada, precisamente.

—El abuso en la comida también es un pecado. Hay muchos que comen hasta hartarse, y con eso sustraen el necesario alimento del que otros carecen y precisan. Aquí esos kilos de más son un lastre, un estorbo que les impide moverse con la necesaria celeridad para alcanzar su destino. Y eso hace que tarden más en encontrarse con Dios.

—Sí, entiendo. Esa pobre mujer no tenía piernas y además estaba obesa. ¿Cuánto va a tardar en llegar a su destino?

—Pues, imagínate…

Observé a las mujeres que pululaban a nuestro alrededor, estas que iban "vestidas". La mayoría estaban delgadas y famélicas, con los pechos convertidos en poco más que unos pellejos caídos y quemados por las ulceraciones. Sí que es cierto que había algunas obesas, sin que hubiera un término medio. También me miré a mí misma. A diferencia de Sonia y Merche, yo también estaba algo rellenita pues comía hasta hartarme, sobre todo de ciertas cosas que me encantaban.

—Pero, entonces, ¿qué hay que hacer? ¿Pasar hambre?

—No. Hay que darle al cuerpo lo que este necesita. Ni más, ni menos. Martina, los cuerpos no os pertenecen. No se puede decir eso de "yo con mi cuerpo hago lo que quiera", porque no son vuestros. Simplemente, se os han dado como hospedaje para que el alma; es decir, para que tengáis un sitio donde habitar mientras permanezcáis en la Tierra.

—Ya, ya —comprendí—. De todas maneras, Jeff —miré a mi alrededor—, si aquí no hay comida, ¿cómo es posible que…?

—Martina, en la Tierra, el hambre o el frío pueden hacer que una persona se muera. Pero aquí eso es imposible, por la sencilla razón de que ya están muertos.

—Ah, claro. ¿Y beber? ¿Pueden beber?

—No, tampoco. Aquí no hay agua. Cuando llueve, es agua salada.

—Y, ¿la nieve de las montañas? ¿No pueden ir allí a beber?

—Si tienen que atravesar una montaña con nieve pasarán por ella, claro, pero ninguno se desviaría adrede de su camino solo por beber.

—¿No tienen sed, o qué?

—Se "mueren" de sed, Martina, pero su ansia verdadera es por llegar a su destino de una vez por todas. Eso es lo que les mueve por encima de todo.

—Ya, pero...

—Ni siquiera pueden beber cuando tocan la nieve.

—¿Por qué? ¿La atraviesan "como si fuera aire"?

—No. La tocan, y bien tocada. Como van desnudos, y por tanto, descalzos, lo pasan fatal por el frío.

—Ya me imagino... Pero entonces, ¿por qué no la beben? Si se la llevan a la boca, se derretirá y entonces... —y entonces me di cuenta—. Ya sé por qué no la pueden beber: no tienen calor para derretir la nieve.

—Tú lo has dicho. Los muertos no tienen calor corporal. Ni tampoco pueden esperar a que llegue la primavera para que se derrita y forme ríos. Aquí la nieve no se derrite jamás.

—Vaya...

Ciertamente, eran cadáveres andantes la mayoría de las mujeres que yo ahora veía, y solo la ropa que algunas llevaban impedía que se las viera como poco más que a los supervivientes de un campo de exterminio.

—Y entonces —seguí—, el pecado de estas mujeres fue que mostraron partes de su anatomía a quienes no debían. ¿Verdad?

—Así es.

—Y por tanto, se les aplica el mismo castigo que a los fornicarios, porque en cierto sentido han hecho lo mismo, ¿no? —Yo era una alumna de lo más aplicada, y no me perdía detalle de todo aquello.

—Bueno, no exactamente. No es lo mismo que te toquen en ciertas partes, o que solo las miren.

—¡Claro que no es lo mismo! Pero sin embargo, no veo que las llagas de estas sean menos profundas y purulentas que las de los otros. ¿Cómo es posible?

Me fije en el grupo de mujeres que ahora ya nos daban la espalda. No es que fueran juntas, pues en el Purgatorio nadie puede verse más que a sí mismo, pero habían coincidido en su rumbo errático por este lugar. Muchas llevaban el trasero y los muslos completamente ensangrentados, siendo más patente en las obesas.

—Te diría, Martina, que sus penas son incluso mayores que las de los fornicarios, y ellas mismas lo comprenden cuando llegan a este lugar y lo ven con claridad.

—Pues yo sigo sin verlo, Jeff. No comprendo cómo enseñar un escote o incluso los pechos enteros... —me detuve. Yo había hecho "top-less" muchas veces en la playa junto a mis amigas, y me vi completamente reflejada en alguna de esas mujeres—. No comprendo cómo enseñar puede ser más grave que permitir que te toquen. ¿Me lo puede explicar?

—¿Recuerdas que antes de hablé de los "causantes"? Son personas que, por sus acciones u omisiones, han causado daño en otros, o incluso han originado que otros se condenen, es decir, que otros pequen, y por consiguiente, que acaben en el Purgatorio. O, lo que es peor, en el Infierno. Los remordimientos que tienen esas personas las hacen sufrir indecibleme nte.

—Sí, eso lo entiendo. Pero, ¿qué es lo que han hecho concretamente estas mujeres? ¿Quién se ha condenado por su culpa? Por mucho que los hombres las hayan mirado, por mucho que las hayan deseado, si han seguido siendo fieles a sus esposas, no comprendo cómo...

—La convivencia se resiente, Martina, y ellos las comparan con otras, menospreciándolas. Algo que no ocurriría si no hubieran visto nada. ¿Lo entiendes? Ya lo dijo Jesús. ¿Acaso no has oído varias veces una de sus enseñanzas, aquella que dice que, *"todo aquel que mirare a una mujer deseándola, ya cometió adulterio en su corazón"?*

—No me consta.

—Esa frase la has escuchado en varias ocasiones. Por ejemplo, cuando tu abuela te llevaba a misa cuando eras pequeña. Y otra no hace tanto tiempo, en una boda; cuando una de tus primas se casó. Yo estaba contigo, y lo escuché.

—Pues no me acuerdo. Yo suelo "desconectar" en esos sitios.

—Ya. Suele ocurrir. Pero eso no quita la gravedad del pecado. Si un hombre llega a desear a una mujer solo con mirarla, ella no tiene la culpa, pues el pecado está en él. Pero si ella contribuye de alguna manera a excitar su deseo haciendo algo que podría evitar fácilmente, está provocando un daño que podría ser irreparable. Es una maldad muy grande que muchas mujeres solo comprenden cuando llegan aquí.

—Quizá ellas no tengan la culpa, o no se dieron cuenta de lo que estaban originando. —Esto lo decía por mí misma, pues yo jamás pensé en nada de eso cuanto mostraba ciertas partes de mi anatomía.

—Sí, es posible. Pero en cierta medida sí son culpables, por haber hecho oídos sordos a lo que siempre ha recomendado la Iglesia, que es vestir con modestia —suspiró—. Martina, los hombres suelen mirar de forma libidinosa a una mujer que va enseñando los muslos, o los pechos, aunque sea parcialmente, o incluso sin mostrar nada pero llevando ropa ajustada. Es muy fácil en esas condiciones incumplir el noveno mandamiento, ese que dice que *"no tendrás pensamientos ni deseos impuros"*.

—Ya, pero una cosa es mirar y otra es tener esos deseos.

—No te creas. Las mujeres no soléis comprenderlo, pero para un hombre es muy difícil vencer la tentación de tener esos pensamientos cada vez que ve ciertas cosas. Es inherente a su fisiología excitativa. El mecanismo del deseo es casi automático.

—Y eso ¿tú cómo lo sabes? ¿Acaso eres un hombre?

—Yo no soy un hombre ni tampoco soy una mujer. Los ángeles somos espíritus puros incorpóreos. Si ahora me ves con forma humana es porque he adoptado esta apariencia para poder establecer una mejor relación contigo. Para que te sientas más cómoda.

Más cómoda dice... —pensé—. ¡Si tiene una pinta de fantasma que no puede con ella! —me dije, mirándolo—. Si al menos hubiera tomado la forma de Brad Pitt o de Leonardo DiCaprio... ¡entonces sí que me sentiría cómoda!

—Vale, vale —retomé—. Entonces, ¿lo de los deseos de los hombres? ¿Cómo lo sabes si no eres uno de ellos?

—Pues porque llevo mucho tiempo en la Tierra observando la conducta humana. Y porque los ángeles somos superiores a los humanos en cuanto a intelecto.

—¿En cuanto a intelecto?

—Sí. Hay otras cosas en las que nos superáis, como por ejemplo, en el amor que Dios es capaz de dar a sus criaturas. Él se sacrificó en la Cruz para salvaros, y eso es algo que no hizo con nosotros.

—¿Es eso un reproche?

—No. Es la contestación de un hecho.

—Está bien —respondí, tras unos instantes—. Me creo eso que dices de los deseos de los hombres y de su excitación.

—Es que es así —insistió—. Y como ves, Dios es muy exigente con estos asuntos de la sexualidad, y los reserva en exclusiva para los esposos.

—Ya, ya. —Lo consideré, y entonces un pensamiento se me vino a la cabeza—: ahora entiendo por qué las mujeres musulmanas van tan tapadas. Es por eso, ¿verdad?

—En efecto. Para no hacer el mal a los hombres; para no dañar sus almas ni dañar las propias con ese acto de maldad.

—¿De maldad?

—Sí, Martina, de maldad. Estas mujeres que ves han tenido noticia de todas las personas que se han condenado, o que han pecado por su culpa, solo por su culpa. Muchas de esas almas están aquí, redimiendo sus pecados, y ellas son en cierta medida responsables, al menos de ese pecado concreto, aparte de otros que también tengan. De no haber mostrado sus cuerpos a quienes no debían, esas personas no habrían pecado, y ahora eso les llena de remordimientos. ¿No te parece?

Yo no contesté de inmediato y Effekadesh siguió:

—Míralas... ¡Cuánto desearían haber enseñado menos! La parte que no hubieran mostrado ahora estaría cubierta de ropa, y no llena de llagas...

—¡Pero ellas no lo sabían! —insistí—. No pueden ser responsables.

—Si no lo sabían, eso es un atenuante, y aquí estarán poco tiempo. Es lo que te dije. Nada es blanco ni negro, y existen agravantes y atenuantes. En el momento en que un alma ha purgado sus faltas como el oro se purifica en el crisol, ya está lista para ver a Dios.

Miré un poco más a aquellas mujeres. Algunas ya estaban lejos y apenas se veían, pero otras se habían dado la vuelta, en ese errático caminar sin destino aparente en el que transitaban, intentando buscar lugares o momentos donde lloviera menos para que sus llagas

no les escocieran tanto. Todas estaban tristes y apesadumbradas, y en nada se diferenciaban de los *fornicarios*, excepto por llevar algo más de ropa.

Fue entonces cuando un pensamiento se me pasó por la cabeza:

—Jeff, ¿qué me dices de todas aquellas mujeres que se han mostrado en televisión, en revistas, en películas...? ¿A cuántos hombres han hecho pecar?

—Pues, imagínate...

—Y, ¿por cada persona tienen que redimir sus culpas?

—Por todas y cada una de las personas que hayan pecado, Martina.

—Habrá entonces muchas que lleven en este lugar...

—Mucho tiempo, sí. ¿Acaso no es triste? Hay incluso un lugar especial en el que están todas aquellas almas que han mostrado públicamente sus cuerpos en pleno acto de fornicación a través de esos medios que has mencionado; es decir, en películas o revistas. Es el lugar más bajo del Purgatorio, casi rozando con el Infierno.

—Debe ser un lugar horrible.

—Y ciertamente lo es. Las mujeres que penan allí son muy, muy desgraciadas, aunque suelen habitar en ese lugar poco tiempo.

—¿Por qué? ¿Por la intensidad del sufrimiento?

—No, Martina. Eso no tiene nada que ver.

—¿Entonces?

Effekadesh suspiró, y dijo:

—Todas las mujeres que participan en estos actos tan sucios, en el fondo odian lo que hacen. La mayoría los soportan gracias a las drogas que toman para poder sobrellevar una situación que realmente no es sino una violación múltiple. Hacia la mitad de sus vidas ya lo han tenido que dejar, y, si tienen la fortuna de encontrar a Dios y arrepentirse, la situación tan maltrecha en la que pasan el resto de sus días por las heridas tan profundas que les ha producido todo eso, ya es una purgación suficiente que aminora considerablemente su estancia ahí.

—Ah, ya veo.

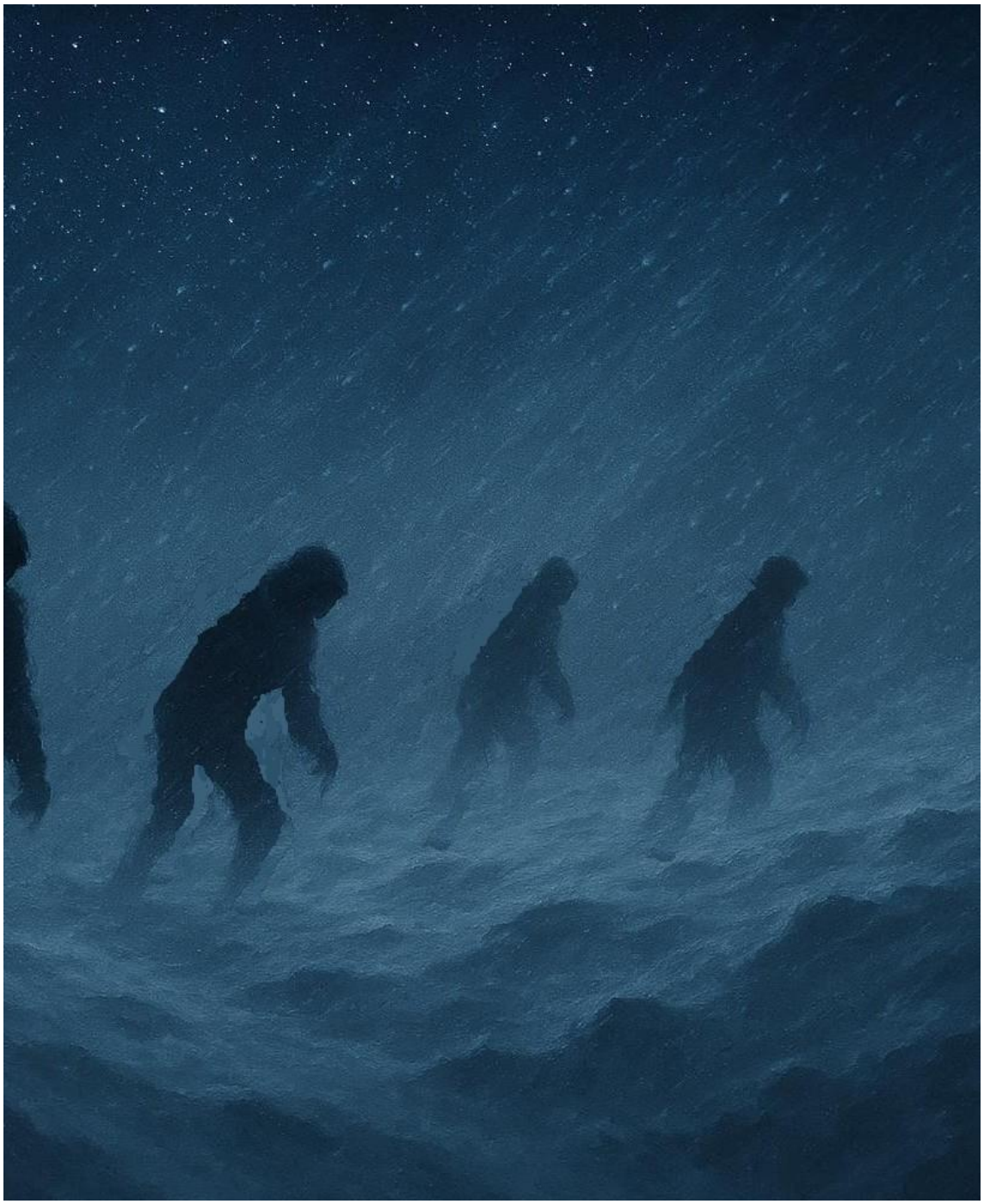
—Peor lo tienen los hombres, aquellos que han sido sus cómplices en esos actos tan execrables, y que también están allí. Esos son como los violadores, y reciben un castigo muy severo.

—Claro —comprendí—. ¿Me vas a llevar a ver ese sitio?

—No. Vámonos a otro lugar. No menos duro, por cierto.

Domitila

Esta vez aparecimos en un paraje nevado. Era de noche, y la tímida luz del fondo estrellado dejaba ver, entre la ventisca, figuras errantes que se movían entre gemidos de dolor, avanzando pesadamente.



—¿Dónde estamos, Jeff?

—Este es el lugar donde están, entre otras personas, las madres que han asesinado a sus hijos.

Miré a mi alrededor. En verdad no había demasiada gente, como era de esperar. ¿Qué mujer iba a cometer una barbaridad semejante?

—Sé lo que estás pensando, Martina, y te equivocas.

—¿Puedes leerme el pensamiento?

—Solo cuando Dios me lo permite.

—Bueno, y ¿en qué me estoy equivocando?

—Hoy en día, en Occidente, uno de cada cuatro niños que son engendrados son asesinados por sus madres cuando aún están en sus vientres. No hay un lugar más peligroso en todo el planeta que el vientre de una mujer occidental.

—El aborto…

—Así es. Si ves este lugar tan vacío es porque, desgraciadamente, son pocas las almas que después de hacer eso tienen la inmensa fortuna de confesarse y pedir perdón a Dios antes de morir.

Entonces las demás…

—Ah, te puedes imaginar dónde están, después de haber cometido un crimen tan execrable.

En ese momento me acordé de que yo, cuando era muy joven, pensé que estaba embarazada y estuve buscando una clínica donde poder abortar. Afortunadamente para mí, todo se quedó en una falsa alarma.

—Este es un lugar muy duro, Martina —Effekadesh miró a nuestro alrededor—, y las almas que moran aquí suelen estar poco tiempo.

—¿Por qué? ¿No es tan grave lo que han hecho?

—Sí que lo es. Pero muchas de esas mujeres ya han purgado durante su vida gran parte de sus culpas.

—¿Cómo?

—No te puedes ni imaginar los remordimientos que suelen acompañarlas tras cometer semejante barbaridad. Los arrastran durante toda su vida, y ese arrepentimiento, unido a la confesión, hace que su estancia aquí no sea tan larga. Los pecados también se purgan en vida, Martina.

En ese momento, una anciana que transitaba por allí vio a Effekadesh, y se apresuró hacia nosotros suspirando de dolor. Estaba tiritando y “muerta” de frío.

—¿Tendría vuesa merced un mendrugo de pan?

Ante nosotros se mostraba una vieja desdentada con la piel completamente arrugada y la espalda encorvada, que estaba moqueando considerablemente por culpa del ambiente tan gélido en el que nos encontrábamos. Por supuesto iba desnuda, como casi todas las almas que habitan en el Purgatorio.

—Toma —le ofreció Jeff, alargando con su mano un pequeño pedazo de pan—. Pero a cambio, tienes que hablar con mi protegida.

—¿Con quién? —La vieja miró a los lados, sin poder ver, lógicamente, a nadie.

—Hola, buena señora —me dirigí a ella, y la mujer miró hacia el lugar de donde provenía mi voz.

—No soy ninguna "buena señora", muchacha. ¡Soy la más perversa de las ánimas que hollaron la tierra!

—¿Por qué está usted aquí?

—¡Por ladrona! —exclamó, casi escupiendo las palabras—. Por ladrona estoy aquí, y moraré en este lugar hasta el mismísimo día del Juicio Final, tan grandes son mis culpas.

—¿Por ladrona?

—Sí, Martina —intervino Effekadesh—. ¿Acaso pensabas que los pecados "de la carne" son los que más castigo tienen?

—Pero, ¿qué ha robado usted? —la miré.

—¡De todo! ¡He hurtado de todo! —consiguió decir, entre los tiritones. Un frio que, curiosamente, yo no sentía, a pesar de estar descalza y en pijama, como tampoco lo sentía mi ángel de la guarda.

La mujer permanecía de pie con los brazos cruzados sobre el torso, sobre aquellos pechos arrugados y caídos que le llegaban más allá del ombligo, intentando darse calor sin conseguirlo. Sus pies estaban azules, yo creo que completamente congelados, por estar pisando la nieve descalza. Tan solo se aliviaba durante los escasos segundos que estos permanecían en el aire alternativamente, dando aquellos pequeños saltitos. Con los dedos índice y pulgar de su mano derecha se limpió los mocos que ya le llegaban por la barbilla, y los arrojó al suelo con desdén.

—¡He hurtado de todo! —siguió—, y a muchas gentes.

—¿A quién?

—A mis nueras; a mis vecinas; a mis paisanas del pueblo. ¡A todo el orbe! ¿Por quién quisiereis vos que comenzara?

—Pues…

—Empieza por tus vecinas, Domitila —sugirió Effekadesh.

—¡Mis vecinas! ¡Ja! —exclamó—. A esas fue a quién menos hurté.

—¿Qué les robó?

—Les hurté su honra y su buena fama —aseveró.

—No entiendo…

— Ved, hija. Paréceme que sois moza, al menos por la voz. ¿Sabe vuesa merced qué son los chismes, los chismorreos, digo, y…

—Sí, señora —interrumpí—. Usted es una cotilla, pero de las malas. —No pude contenerme. En casa de mis padres, en Córdoba, había una mujer así y conozco bien el paño.

—¡Vos lo habéis dicho! —confirmó—. Una cotilla, una alcahueta, ¡y de las peores! Me pasé la vida chismeando la vida de mis vecinas, para luego soltar ponzoña por mi boca a todo el

orbe. Mentí, exageré, difamé, murmuré, critiqué... Hice el mal a muchas gentes, y por ende estoy aquí. Bueno, por eso, y porque el santo cura de Ars, que en gloria está, por mediación de mi ángel custodio, pudo venir desde el futuro por bilocación para conseguir que me confesara con él y que me arrepintiese de todo justo antes de morir. ¿Me habéis oído bien?

—Sí, señora.

La mujer volvió a estremecerse por el frío, y yo le pregunté:

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Cuatrocientos veinticinco años, tres meses, catorce días y... tres horas, creo —consiguió decir, entre los tiritones y los saltitos.

—¿Tanto? ¿Solo por chismosa?

—¡Ja! —volvió a exclamar, mientas profería un gemido de frío. Sus músculos se tensaron y sus brazos se juntaron intentado inútilmente darse calor. ¡Ojalá fuera solo por eso!

—¿Qué más hizo usted?

—Malmetí a mis hijos contra sus esposas, de forma incesante. De nuevo, mentí, exageré, difamé, murmuré y las critiqué a todas y cada una de mis nueras... ¡Incluso hice un pacto con el diablo para conseguir que una de ellas se muriera después de abortar a mi nieto!

—¡Ah! —exclamé, totalmente escandalizada.

—Sí, buena moza. Mi nuera abortó a mi nieto por instigación mía y luego hice que se suicidara para que así se fuera directamente al Infierno. ¿Qué os parece? Hasta ahí llegó mi iniquidad...

—Me parece terrible... ¡Francamente terrible!

—¡Y vaya si lo es! —exclamó—. Pues esa era yo: ¡la Domi! Mi nombre era parejo de maldad, y todos me temían y me odiaban a partes iguales. ¡Esa era yo! —siguió— ¡La Domi! Bruja, alcahueta, cotilla, metiche, fisgona... ¡ladrona y asesina! ¿Me habéis oído? ¡Ladrona y asesina!

—Sí, señora.

—Me merezco el Infierno para toda la eternidad y no la suavidad que es este lugar.

—Vamos, Domitila —intervino Effekadesh—. El Señor le concedió a usted la gracia del arrepentimiento, y espera recibirla un día en el Cielo.

Entonces la mujer se puso a llorar de forma desconsolada, lamentando sus horribles pecados.

—¡Mas no solo maté a mi nieto! —consiguió decir, entre los sollozos—. También maté a catorce niños y a doce niñas, que murieron en el vientre de sus madres, sin ver la luz del mundo. Esos infantes están ahora en el Cielo, mas sus madres arden en el infierno por haber acudido a mí para abortar a sus retoños. ¡Esas pobres desgraciadas están ardiendo en el infierno y mi asquerosa persona está aquí, gozando de la suavidad de este lugar! —exclamó, sin dejar de llorar—. Ellas están allí en ese horrible sitio que yo merecí mil veces, ¡mientras yo estoy gozando de las suavidades del Purgatorio y hablando con vos! ¡Oh Dios!

¡Perdonadme! ¡Perdonadme, Señor mío, por tanta iniquidad! —Siguió llorando, totalmente desconsolada.

Domitila se arrojó al suelo y comenzó a rebozarse con la nieve. Las lágrimas se mezclaban con los mocos mientras la mujer gemía sin consuelo alguno, retorciéndose por el dolor que le provocaba el hielo al impregnar su cuerpo desnudo. La verdad, era digna de lástima, y Effekadesh la consoló como pudo, levantándola de suelo y abrazándola. Le entregó otro mendrugo de pan que la mujer devoró con fruición, y eso pareció tranquilizarla un poco. Después miró hacia el lugar en donde yo estaba y añadió, tras serenarse un poco.

—Fui una ladrona, pues hurté el alma de todas esas pobres mujeres para entregárselas a Satanás —se lamentó, con un suspiro—. Por no hablar ya de sus hijos, que también se los hurté a ellas y a sus familias. ¡Soy una ladrona y una asesina! ¡Soy una ladrona y una asesina! —repitió— ¡Díganmelo vuesas mercedes! ¡Escúpanme a la cara una y otra vez!

—Una ladrona…

—¡Sí, ladrona! ¡Les he robado la vida a veintiséis infantes! ¡La vida! ¡La mayor de las posesiones! ¿Cómo no voy a ser una ladrona? ¡Escúpanme vuesas mercedes gargajos verdes llenos de sangre, ¡que me los tragaré con gusto! —exclamó—. ¡Oh, Dios! ¡Perdonadme! ¡Yo, con mis propias manos, maté a todos esos infantes!

Domitila se volvió a arrojar al suelo para seguir revolcándose en la nieve. Estaba llena de dolor y compunción, y no tanto por el frío helador, sino por lo que había hecho hacía cuatrocientos veinticinco años, tres meses, catorce días, tres horas, y los pocos minutos que llevaba hablando conmigo. Effekadesh esta vez no la consoló ni le volvió a dar pan, sino que dejó que de esa manera purgara sus pecados.

Después de otro rato más, la vieja se serenó un poco y se volvió a levantar. Fue entonces cuando mi ángel se acercó y la consoló, acariciándola en la mejilla, mesándole el cabello hirsuto, y dándole un beso.

—Y por eso estoy aquí, buena moza —concluyó—. Yo hurté todo eso, y por eso ahora me quedo como aquellos a quienes hurté: sin nada, muerta de hambre y de frío, esperando que llegue el fin del mundo.

—¿El fin del mundo?

—Sí, Martina —me dijo Effekadesh—. Cuando llegue el final de los tiempos, la Tierra desaparecerá y ya solo quedará el Cielo y el Infierno. Ese día, todos los habitantes del Purgatorio que aún permanezcan aquí serán liberados.

—¿Cuándo será eso?

—Solo Dios lo sabe. Puede que sea mañana, el año que viene, dentro de mil años, o quizá dentro de diez mil años. ¡Quién sabe!

—¿Hasta entonces va a estar usted aquí, Domitila? —me dirigí a ella.

—Hasta entonces, hija, hasta entonces. Aunque venga la mismísima Virgen del Carmen el sábado venidero para liberarme y llevarme al Cielo, yo me empeñaré en quedarme aquí, pasando necesidades y lamentando mis horribles pecados, que me llenan de una culpa tan grande, que, en comparación, las punzadas del hambre y del frío son suaves caricias.

Solo cuando llegue el día del Juicio Final, seré merecedora de los consuelos que nuestro señor Jesucristo me tiene preparados para toda la Eternidad.

En ese momento me puse a llorar yo también. Aquella mujer era digna de lástima, pero el amor y la fe que tenía hacia Dios y la desazón por sus culpas eran tan grandes, que, solo por eso se merecía entrar ya en el Cielo.

Ciertamente, después de tanto tiempo, a buen seguro que Dios ya la había perdonado con creces y deseaba tenerla junto a sí. Pero era ella quien todavía no se veía digna de su amor, y Él respetaba su voluntad.

La rosaleda

Abandonamos aquel lugar tan terrible, y en un abrir y cerrar de ojos aparecimos en otro sitio completamente diferente, que no tenía nada que ver con lo que había visto antes.

Se trataba de un vergel. Sí, un campo lleno de flores, de rosas, cuyo exquisito perfume saturaba el aire, y que abarcaba hasta donde llegaba la vista. Ahora no había tinieblas, sino una luz radiante que iluminaba un inmenso y esplendoroso jardín bañado por el sol.

—¿Dónde estamos, Jeff? ¿Es esto la antesala del Paraíso?

—No, Martina. Esto es otro lugar de purgación.

—¿En serio? ¿Cómo es posible?

—Es un lugar que está lleno se sacerdotes, entre otras personas.

—¿De sacerdotes? Claro —consideré— estos tienen "enchufe", y los traen a este sitio tan cómodo.

—Te equivocas. Este lugar no es nada cómodo, sino más bien todo lo contrario. Estas rosas, como supongo que sabes, están llenas de espinas. Es una flor que sale de un tallo cubierto de púas.

—Sí, conozco bien esas plantas. Mi abuela las tenía en su casa y yo le ayudaba a podarlas en otoño. Era difícil no pincharse con alguna, aunque se tuviera cuidado.

—Estás en lo cierto. El campo que ves es tan tupido, que no tiene caminos internos por los que transitar. No se puede avanzar sin pincharse una y otra vez, constantemente. Los penitentes tienen que llegar hasta esas montañas del fondo, donde también hay rosales, y después otro valle igual, y así sucesivamente.

—O sea, que tienen que avanzar como avanzaban los adúlteros. No vagan erráticamente.

—Así es. Y si aquellos estaban llenos de llegas, estos están cubiertos de arañazos y heridas, que se incrementan cada vez que nuevas espinas se vuelven a clavar en el mismo sitio.

—¡Uf! —musité—. Vaya, que la mortificación es constante.

—Sí. Es el equivalente a la lluvia de agua salada que allí viste, y que nunca cesa.

Miré al paisaje que ahora ya no me parecía tan idílico. En efecto, aquí y allá se veían las cabezas de algunos hombres y también mujeres que avanzaban despacio, como a trompicones, y con cada paso emitían un grito de dolor.

—Solo se calman cuando se paran, pero el ansia de seguir adelante para encontrarse con Dios les impide detenerse. El avance es lento, como puedes comprender, pues el suelo también está lleno de ramas secas cubiertas igualmente de espinas, y, bueno, ya sabes que van desnudos del todo, y por tanto, descalzos.

—Pero, no solo hay sacerdotes aquí, ¿verdad? Veo también a mujeres.

—Sí, desde luego. Aquí están también todos aquellos que solo han dado de comer a su cuerpo mientras su alma estaba hambrienta. Son los onanistas, los perezosos, todos los que han preferido el placer inmediato, efímero y vacío, en lugar del placer duradero y eterno; y también está lleno de ciertos políticos y dirigentes. Estas son personas que han prometido un paraíso en la Tierra, y no han traído más que sufrimientos. Por su culpa se han condenado muchas personas, y son responsables indirectos de muchos de los pecados cometidos por sus súbditos.

—Ya, ya. Pero, no entiendo. ¿Por qué las rosas?

—Este es un lugar de privaciones. Los sacerdotes, por ejemplo, por la omisión de su deber que es salvar almas han privado de la gloria a otras personas, es decir a otras personas que se han condenado por su culpa, y aquí purgan ese pecado con la privación de todo tipo de comodidades. Sufren un gran disconfort que no se alivia con nada, pues están constantemente pinchándose.

Yo observaba a los penitentes, hombres y mujeres, todos ensangrentados, con espinas clavadas en brazos, piernas, incluso en el rostro. Algunos gemían en silencio, otros apretaban los dientes con desesperación. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—Entonces las rosas... —murmuré, intentando comprender.

—Las rosas y su aroma simbolizan ese placer engañoso —explicó Jeff—, que en realidad esconde un engaño, y que no se aprecia bien hasta que no se intenta agarrar.

—Las espinas —dije, con un nudo en la garganta.

—Así es —confirmó, con un leve movimiento de cabeza.

—Entonces los curas que hay aquí son los que han abusado de...

—No —me interrumpió con firmeza, mirándome a los ojos—. Esos pecados son muy graves, y los llevan directamente al infierno. Los que consiguen salvarse y llegan aquí sufren indeciblemente. Sin embargo, sus víctimas, sí se han encomendado a Dios, gozan de gran gloria en el Cielo.

Sentí un estremecimiento. El tono de Jeff se volvió más grave:

—El problema es que además del gran delito que es el abuso, en muchas ocasiones también han originado que esas personas se alejen de la fe y se condenen, odiando la religión y todo lo que representa. Por lo tanto, tienen un castigo doble. Por un lado, su delito directo, y por el otro el indirecto como "causantes".

—Ya —susurré, mirando las rosas que parecían más rojas que nunca—. No me extraña que este lugar esté lleno de ellos.

—Está lleno de ellos —confirmó—, aunque la gran mayoría no están aquí por abusar de nadie. A pesar de lo que dice la prensa, en ese escándalo solo incurren muy pocos sacerdotes. Los que hacen esas barbaridades, afortunadamente, son escasos.

—¿Entonces? —pregunté, con el corazón acelerado.

—Ese lugar está lleno de obispos y prelados que han incumplido su principal deber que es el de salvar almas y conducirlas al Cielo.

—¿Cómo? —mi voz sonó incrédula

—Pues principalmente porque han dejado de advertir sin descanso contra este lugar y sobre todo, contra el infierno. Que es precisamente lo que hacía Jesús en sus predicaciones.

—Pero, ¿no es eso lo que hacen?

—No, Martina. Más bien es lo que hacían. Hace ya muchas décadas que ya no hablan de eso, porque tienen miedo de "espantar" a los fieles.

—¡Ah! —exclamé, sorprendida—. No lo sabía.

—En el caso de los sacerdotes, por no espantar a los fieles, por regalarles los oídos, los han traído a este lugar, o lo que es peor, a la condenación eterna.

Effekadesh hizo una pausa, y su mirada se endureció.

—Esto es como la medicina. Si la sociedad de hoy no reacciona a los tratamientos convencionales, es decir, si no quieren creer y obrar bien por amor a Dios y en agradecimiento a todo lo que Él nos proporciona, y por el Paraíso que nos tiene prometido, si no quieren creer que las normas morales son para el propio bien de la especie humana ya en esta vida, no queda más remedio que utilizar tratamientos más agresivos. Si las pastillas fallan, hay que recurrir a la cirugía. Y un médico, un médico de almas como es un sacerdote, no puede ahorrarle al paciente esos tratamientos con la excusa de que son dolorosos, pues lo único que conseguirá es que se muera. ¿Lo comprendes?

—Sí —respondí, con un hilo de voz—. Entiendo la lógica.

En ese momento, un hombre pasó a nuestro lado y se quejó. Effekadesh y yo estábamos como flotando encima de las rosas, y el tipo se detuvo en cuanto vio al ángel, pues en esa zona las flores eran más altas que el tamaño humano normal y no lo pudo divisar hasta que llegó justo a nuestro lugar.

El sujeto era verdaderamente digno de lástima. Estaba completamente ensangrentado, y tenía múltiples espinas clavadas por todo el cuerpo. Como el hombre no reaccionaba, fue Effekadesh quien lo saludó:

—Hola, Saturnino.

—¿Me conoces?

—Sí, conversamos una vez, hace diez años.

—Ya no me acuerdo —suspiró, pasándose una mano por la frente, que estaba perlada de sudor—. Aquí se pierde la noción del tiempo.

—Oye, Jeff —le pregunté, en susurros—. ¿Cómo es que tú conoces a tanta gente en este sitio? ¿No se supone que los ángeles de la guarda siempre estáis con vuestros protegidos?

—Así es. Yo siempre estoy contigo.

—¿Entonces?

—Bueno… cuando duermes, hay veces que me doy un paseo por aquí, para consolar a algunos penitentes. Y también por el Cielo, para pasar el rato con algunos amigos.

—Ah, vale —respondí, y entonces me di cuenta de una cosa: —pero, si estás siempre conmigo… ¿has visto todo lo que he hecho… en todo momento?

—Todo, Martina. Absolutamente todo.

Sentí que la sangre me subía a la cara. Qué vergüenza… pensé, recordando algunos actos de intimidad que implicaban el uso de ciertos accesorios.

—El problema no es que todo eso lo haya visto yo —me volvió a leer el pensamiento—. La cuestión es que también lo ha visto Dios. De eso es de lo que deberías avergonzarte —me reprochó, y me puse colorada como un tomate.

Mientras tanto, el hombre había estado intentando apartar del suelo algunas ramas secas para permanecer allí sin pincharse, mientras se secaba el sudor de la frente. Entonces miró a Effekadesh y preguntó:

—¿Diez años dices? Pero entonces, ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—¿De verdad quieres saberlo?

—En realidad, no. —respondió Saturnino, bajando la mirada.

—Buenos días, caballero —dije yo, intentando sonar amable.

—¿Quién eres? —preguntó, mirando hacia mi lado.

—Soy Martina.

—Es mi protegida —aclaró Effekadesh.

—Ah, ya. Bueno, te daría la mano, pero no quiero que te pinches.

—No se preocupe. Según me han dicho, no podemos tocarnos.

—Ya, claro. Es verdad.

Lo observé mientras intentaba apartar las ramas, y no pude evitar preguntar:

—¿Por qué no se arranca las espinas que tiene clavadas? ¿Cómo es que se han desprendido de las rosas?

—A ver —respondió con voz cansada—, las espinas normalmente no se desprenden de la planta. Pero cuando ya está seca se vuelve quebradiza, y si quieres avanzar deprisa se te clavan.

—Y, ¿no le molestan?

—¡Claro que me molestan!

—Entonces, ¿por qué no se las quita?

El hombre me miró —mejor dicho, miró hacia la zona de donde provenía mi voz— y pensó durante un momento antes de decir:

—Eso es lo que hacía antes. Arrancármelas en cuanto que se me clavaban. Pero, ¿para qué? En poco tiempo volvía a clavarse otra vez en el mismo sitio. Ahora las dejo puestas, pues mejor que las nuevas intenten clavarse ahí y no en la carne.

Yo puse un gesto de dolor.

—Tan solo me quito las de los genitales, pues ahí sí que no lo soporto. Tener algo clavado y luego rozarte en esa parte con un tallo me produce un dolor insoportable.

Repetí el gesto con una mueca. Ciertamente el hombre estaba completamente ensangrentado, con sangre fresca que chorreaba por las heridas más profundas, excepto en esa zona, donde más bien había costras resecas.

—Pero usted, ¿por qué está aquí?

Dio un profundo suspiro y después dijo:

—Nuestro señor Jesucristo proclamó claramente: *«¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el redil y se va tras la que se le ha perdido hasta encontrarla?»*. Pues bien, la Iglesia de hoy ha perdido ya a 99 ovejas, y no va tras ellas, no sea que pierda también a la única que le queda.

—Entonces usted es…

—Fui. Yo ya estoy muerto. Y sí, fui obispo. Mal obispo, pues no cuidé como debía al rebaño que tenía encomendado. ¡Incluse depuse de su cargo a un sacerdote, porque sus feligreses se quejaron de que “era demasiado duro”!

—Y ¿qué tenía que haber hecho?

—Pues, en una situación tan catastrófica, con casi todo el rebaño perdido, teníamos que haber salido a las calles a gritar con todas nuestras fuerzas y proclamar a Jesucristo, y avisar del terrible destino que espera a quienes persisten en el pecado y en la molicie.

—Les hubieran tomado por locos.

—Sin duda. Pero es lo que se hacía y como se predicaba hasta la segunda mitad del siglo XX, y gran número de cristianos practicantes que había. ¡Las iglesias estaban llenas! Sí, de hacerlo ahora nos hubieran tomado por locos y se hubieran reído de nosotros. Como también se mofaron de Cristo, por cierto.

» Muchos hubieran continuado su vida de pecado a pesar de las advertencias, claro. Pero a buen seguro que alguno, aunque fuera por miedo, se habría convertido. Y al menos, Cristo no nos podría reprochar nada a los prelados, y ahora yo no me vería así.

—En fin —siguió—. Me tengo que marchar. Tengo la esperanza… aunque yo no sé si esta vez se cumplirá, como tampoco se ha cumplido las otras veces… —se echó a llorar.

—¿De qué? —pregunté.

—Tengo la esperanza de que aquellas montañas del fondo serán las últimas que tendré que atravesar. ¡Oh, Dios! —exclamó—. Si en verdad fuera así, iría corriendo ahora mismo hacia allí sin importarme lo más mínimo si me clavo espinas en los brazos, en los muslos o en la cara. Pisaría todas las ramas secas con alegría, aunque me lacerasen las plantas de los pies… ¡y para mí sería como pisar suaves plumas!

—Claro, Saturnino, verá como esta vez sí —le animé—. Usted no pierda la esperanza.

—No, si la esperanza es lo último que se pierde. Muchas gracias por el consuelo —se despidió.

El obispo se fue, intentando apartar como pudo los tallos que tenía enfrente de sí, sin éxito. Incluso aunque los empujara por la parte donde no había espinas, era imposible no rozarse con alguno a la altura de la cara o de las piernas.

Como había estado detenido durante unos minutos para hablar con nosotros, el surco que había hecho entre las plantas para avanzar aún no se había cerrado, y ese hueco había sido aprovechado por otro penitente para transitar por un lugar más despejado.

El hombre apareció entre las zarzas como una sombra que se abre paso a golpes de desesperación. Su piel estaba cubierta de heridas recientes, y la sangre se mezclaba con el polvo y el perfume dulzón de las rosas, creando un contraste que me revolvió el estómago. Avanzaba con dificultad, apartando los tallos secos con movimientos bruscos, mientras las espinas se le clavaban sin piedad en los brazos y en las piernas. Cada gesto suyo era una batalla perdida contra el dolor. Enseguida vio a Effekadesh, a quién, sin embargo, prácticamente ignoró. Pero no yo me resistí a dialogar con él.

—Hola, buen hombre —le saludé, intentando que mi voz sonara amable—, ¿usted también es sacerdote?

El hombre soltó una carcajada amarga, sin apenas detenerse. Su mirada, perdida entre los tallos, parecía más bien la de alguien que busca una salida imposible.

—¿Yo sacerdote? Sí, es lo que tenía que haber sido. Quizá no me viera ahora en estas circunstancias —contestó, con un tono cargado de reproche hacia sí mismo.

—Uy, no se crea —repuse—. Acabamos de hablar con uno que lleva aquí por lo menos diez años.

El hombre se detuvo un instante, como si mis palabras le hubieran golpeado.

—¿Diez años en este infierno? —exclamó.

—Purgatorio —corrigió Effekadesh con calma, pero el otro lo ignoró.

—¿Cómo puede una persona llevar aquí 3.652 días, recibiendo una media de 30 pinchazos por minuto? Eso suman... —El hombre hizo la cuenta mental moviendo los labios con rapidez mientras seguía avanzando, para procurar por todos los medios que no se le cerrara el sendero que había abierto el obispo. Aun así también se pinchaba, al pisar las ramas secas del suelo. —¡157.766.400 pinchazos! —exclamó, con los ojos desorbitados—. ¡Casi 158 millones de pinchazos! ¿Cómo se puede soportar eso?

—Créame que este sitio no es de los peores —advirtió el ángel, con una serenidad que contrastaba con la desesperación del penitente.

—¡Pero qué dice! —replicó el hombre, con un grito que resonó entre las zarzas—. ¡Si yo llevo casi medio millón y ya estoy más que harto!

—¿Y eso es en tiempo...? —pregunté, intrigada.

—Once días, doce horas, cuarenta y tres minutos y...

En ese momento solté una carcajada y el hombre se calló, mirando hacia dónde yo estaba con una cara de indignación que le hubiera llevado a golpearme si hubiera podido hacerlo. Pero no pude evitarlo, a pesar de que el sujeto en cuestión era más que digno de lástima, tan ensangrentado como estaba. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que el ángel no estaba solo, pues las risas seguían y Effekadesh continuaba con su rictus inexpresivo habitual.

—¿De qué se ríe usted? ¿Eh?

—Perdóneme. De verdad le pido que me disculpe. Pero es que ya he conocido aquí a unas cuantas personas, y, sinceramente, llevar aquí menos de dos semanas...

—¿Qué? —preguntó, con los ojos abiertos como platos.

—Bueno, usted es un recién llegado y no quiero desanimarle, pero creo que le queda mucho...

—A ver —interrumpió Effekadesh, con tono grave—. El tiempo es relativo, y es proporcional a los castigos. Cuanto más intenso es este, menos tiempo se pasa aquí.

—Entonces, ¿podría usted decirme cuántos días me quedan? No tiene por qué darme un número exacto. Con que me diga cuántos dígitos contiene la cifra, me daré por satisfecho.

—Fabián, no puedo decirle eso.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Por qué no puede decírmelo? —Todo eso lo preguntaba sin detenerse, aprovechando el tirón de su predecesor.

—Lo sé porque en las circunstancias actuales, estando junto a mi protegida, Dios me permite ciertas clarividencias.

—¡Ah! Perfecto. La cifra, por favor.

—Lamentablemente, no puedo proporcionársela.

—¿Por qué? ¿Porque Dios se lo prohíbe?

—No. Sencillamente, porque no lo sé. Solo Dios lo sabe.

El hombre puso un gesto de contrariedad y pareció aminorar un poco su marcha. . Sus hombros se hundieron, como si el peso de la incertidumbre fuera más insoportable que el de las espinas.

—¿Cómo puede llevar las cuentas de una manera tan precisa? —le pregunté, intentando suavizar la tensión.

—Bueno, es que soy... mejor dicho, fui, contable.

—Ah, vale, usted es un hombre de números.

—Sí —respondió con un suspiro—. Y no se crea que no me cuesta. En este lugar la noche es muy tenue y es difícil llevar el cómputo. Pero ya ve, tengo una calculadora en la cabeza, muy a mi pesar.

—¿Muy a su pesar?

—Si no fuera tan calculador quizá no me viera en estas circunstancias.

—¿Qué fue lo que hizo? Si no es indiscreción.

—Más bien lo que no hice... —respondió con voz quebrada, justo antes de exclamar con desesperación—. ¡Mierda! ¿Por dónde se habrá ido este tipo?

Efectivamente, Fabián se había perdido. El obispo había intentado ir por un lugar que parecía el camino que el otro había tomado, pero era más espeso de lo que parecía y lo había abandonado por otro que no tenía tantas zarzas. Pero nuestro hombre no sabía eso y cayó en la misma trampa. Ahora, estaba rodeado y no sabía por dónde seguir. En ese momento se puso a llorar y Effekadesh y yo bajamos a su nivel y este lo consoló:

—Vamos Fabián, no se preocupe. Tiene que aprender a tener más paciencia.

—Sí, desde luego —musitó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, después de quitar las púas que tenía allí clavadas—. Por lo que veo, tengo que aprender a mortificarme.

—Así es —confirmó el ángel—. Ese es el camino de la purgación.

—Una mortificación que no tuve en vida, desde luego.

—¿Por qué no la tuvo? —pregunté, con suavidad.

—Porque preferí el cortoplacismo, el placer inmediato, antes de declarar abiertamente a Cristo.

El hombre estaba terminando de llorar y lo dejamos continuar:

—Yo era un hombre de misa dominical. Un cristiano devoto que daba limosnas a los pobres. Pero en realidad, eso no me costaba gran cosa. Había otras que me costaban mucho más y que no hacía.

—¿Qué cosas?

—Como le digo, declarar abiertamente a Cristo. En la oficina no daba testimonio de mi fe, y no daba ninguna muestra de que era cristiano.

—¿Por qué no lo hacía?

—Porque temía que se rieran de mí, o que pareciera "un raro". No sé... Temía el desprestigio, o algo peor, supongo. Y ese fue el problema, porque los cristianos estamos obligados a proclamar nuestra fe y dar a conocer el Evangelio.

—Bueno, usted no es sacerdote. No tenía por qué hacerlo.

—No se crea. Sí, no iba a ponerme a dar sermones en el metro —aunque no hubiera estado de más—, pero hay ciertas cosas que son imperdonables.

—¿Por ejemplo?

—Pues mismamente el hecho de no responder: "el domingo no puedo ir con vosotros porque tengo que ir a misa". En lugar de decir simplemente "el domingo no puedo". O también, cuando iba a comer con los compañeros: "no, yo no voy a pedir un filete, por muy bueno que esté, porque hoy es viernes de Cuaresma y no se puede comer carne".

—¿No se puede comer carne los viernes? —pregunté a Effekadesh.

—Solo los viernes de cuaresma. Martina, esto te lo enseñaron en su momento.

Me quedé pensando un instante y luego respondí:

—Sí, creo que me suena. Pero, eso era antiguamente, ¿no?

—No. Antiguamente era "peor". Lo de los viernes es de lo poco que queda, pero aun así, casi todo el mundo lo ignora.

—¿Lo ignora?

—Quiero decir, que se lo salta.

—Todo el mundo se lo salta —añadió el hombre—, pero yo debía respetarlo, sobre todo en presencia de otros. Es como bendecir la mesa. Una práctica que siempre hacía cuando estaba solo, pero que dejaba de hacer cuando estaba con los demás. Me daba vergüenza...

Me imaginé a un hipotético compañero de trabajo que hiciera eso cuando salíamos a comer en la oficina. Ciertamente, hubiera parecido algo más que chocante. Todos nos hubiéramos burlado y mofado de él, sin lugar a dudas.

—Podía haber susurrado al menos una acción de gracias... —siguió—, aunque solo fuera hacer la señal de la cruz. Todos esos son pequeños gestos, maneras sencillas de dar testimonio de la fe... y yo no lo hice ¡No lo hice! Y ahora me veo así...

—Ya —murmuré, sintiendo un nudo en la garganta.

—Tenía que haber hecho todo eso y también poner un crucifijo, aunque fuera pequeño, en mi mesa de la oficina. Mucha gente me hubiera preguntado, y de esa manera, también hubiera dado testimonio.

El hombre parecía francamente compungido, y yo le animé diciendo:

—Bueno, no se preocupe. Sin tener la experiencia de mi ángel —miré a Effekadesh—, me atrevería a decir que esos "pecadillos", no le supondrán mucho tiempo de estancia aquí.

—No te creas, Martina —aclaró Jeff—. Todo dependerá de las circunstancias, como ya sabes. Pero Dios le da mucha importancia a esos detalles. Tanto san Marcos como san Lucas

relatan lo que dijo Jesús: «Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras, de éste también se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria».

—¿Eso dijo?

—Eso dijo —replicó Fabián, con lágrimas en los ojos—. Y yo me avergoncé de él, ciertamente. ¡Me dio vergüenza declararlo públicamente! ¿Lo entiendes, muchacha? —comenzó de nuevo a llorar, mientras daba patadas a algunos tallos. Esta vez no le importaba demasiado pincharse.

—Vamos, hombre —lo consoló Effekadesh—. Jesús no se ha avergonzado de usted. El hecho de que esté aquí y no en el Infierno, da buena prueba de ello.

—Ya lo sé. —Se secó de nuevo las lágrimas con el dorso de su mano—. Pero Él dijo: *«si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame»*. Creo que esta cita es de san Mateo.

—Así es —respondió Effekadesh.

—Yo preferí la rosa a la cruz, y ahora es lo que tengo. ¡Rosas! ¡Millones de rosas! —declaró—. En fin —suspiró—, supongo que tendré que acostumbrarme a este martirio. El martirio que no tuve en el Mundo, y que ahora tengo aquí.

El hombre comenzó a avanzar hacia las montañas, intentando encontrar una zona no demasiado tupida, sin conseguirlo. . Lo vi alejarse, y sentí que su silueta se perdía entre el mar de espinas, como una sombra que se disuelve en la sangre y el perfume engañoso de las rosas.

El poeta

Estaba amaneciendo. Effekadesh me llevó de nuevo a la inmensa sala con el suelo ajedrezado donde había conocido a Esteban y Clotilde. Ahora, con los primeros rayos del sol, ella había dejado de tocar y mantenía las dos manos entrelazadas con los antebrazos apoyados sobre la tapa del piano. Tenía la cabeza baja y los ojos cerrados, como esperando algo, y ese algo sucedió. Su marido comenzó a recitar un enternecedor poema lleno de angustia y remordimientos.

En este salón de mármol y silencio,
donde el tiempo se disuelve en notas lentas,
te contemplo, amor, sin verte del todo,
como quien mira un sueño que no despierta.

Tu figura, vestida de blanco eterno,
se mece al compás de un piano que llora,
y cada lágrima que cae en las teclas,
es un suspiro que mi alma devora.

No hay noche que no te escuche,
ni hay día que no te recite,
pero jamás nuestras miradas
se cruzan, ni se permiten.

Estamos juntos, sí, en esta condena,
unidos por votos que yo pronunciara,
por un amor que fue promesa,
pero no raíz que germinara.

Nos negamos el don de crear,
por miedo, por ego, por cálculo frío,
y ahora el cielo nos ha dado
un tiempo sin fin, sin rocío.

Tu música es mi castigo y mi consuelo;
cada acorde es un pétalo de pena,
y yo, desde este asiento sin destino,
te amo más en cada escena.

Mi pena es una nota que el tiempo no disipa,
en este inmenso salón de baldosas que brillan.
Sentado en este sillón mi alma suspira,
mientras los dedos de mi amada al piano se inclinan.

Destino amargo y cruel,
es el que hemos de aguantar,
por no habernos sido fiel,
ahora hemos de sopesar.

Por no habernos dado aquella miel,
vemos los siglos pasar,
Y ahora gustamos la amarga hiel,
sin podernos contentar.

Entregamos nuestros cuerpos,
pero no nos dimos el alma.
No nos dimos en plenitud,
Y ahora no tenemos calma.

Ella está de espaldas, su cabello oscuro se agita,
con melodías que despacio me llegan.
Yo la miro, la escucho y mi alma se agita,
y mis ojos, de lágrimas se anegan.

Pude verla de frente, pude amar su mirada,

pero yo me hice estéril, me negué a darme.
Y ahora solo contemplo, a un alma desterrada,
Aquella mujer a la que impedí amarme.

Quisiera yo sentirla, quisiera yo tocarla,
pero mis manos, como el aire la traspasan.
¡Qué daría yo por abrazarla!
Mientras veo que el tiempo pasa.

Su vestido blanco de novia, cual espectro,
me recuerda lo que fue, lo que no ha sido,
y en la distancia mi pena, de triste aspecto,
de un amor que no fue, que no ha existido.

Escucho mis poemas, los versos del dolor,
Y me lamento por el amor que no conocí;
por la vida que no creé, por la pasión sin color,
por la condena en la que estoy, y el final que no vi.

En la noche volveré a oírla tocar,
y la escucharé de nuevo con el alma rota.
Mi pena será un verso, un suspiro, un lamentar,
en esta cárcel de almas, de pena y de congoja.

Recuerdo el día en que dijimos “sí”,
con labios que del alma no sabían.
Y ahora siglos después te escucho
tocando esta triste melodía.

¿Quién eres tú, mujer de encaje y sombra?
¿Quién fui yo, hombre de gesto iracundo?
Nos casamos y no nos conocimos,
nos unimos y fuimos infecundos.

Este salón de pena, desdicha y de pesar,
condenado a existir en un castigo,
colmado de dolor y malestar,
por no estar tú aquí conmigo.

Aquí permanecemos, esperando,
como estatuas sin que toquen,
esperando siglo tras siglo,
sin un amor que se desboque.

Lamentando aquellos días,
en los que vivimos ausentes.

¡Justo castigo de almas impías!
Recio pesar de seres dolientes.

¿Será que algún día el alba
nos devuelva la mirada?
¿Será que Dios, en su clemencia,
nos permita una jornada?

Mientras tanto seguiré sentado,
escuchando tu piano llorar,
y tú, cuando el sol se levante,
escucharás mi alma cantar.

—¡Qué trise es esto, Jeff!

—Desde luego.

—¿Siempre recita la misma poesía?

—Todos los días la misma, y luego sigue con otras. Así se pasan la vida, esperando que alguien se acuerde de ellos y rece alguna oración por sus almas.

—¿Es posible que alguien se acuerde de ellos?

—Siempre es posible, si los recuerdan. Los ángeles nos pasamos la vida suscitando recuerdos en los vivos, y alguna vez tenemos éxito. Si alguien ofreciera una misa por sus almas, su tiempo de expiación se reduciría considerablemente. E incluso con una simple oración se obtendría mucho fruto. Pero es tan difícil... ya nadie reza por nadie, ni siquiera sus familiares más cercanos.

Asentí. De mi círculo más próximo, no conocía a nadie que rezase, ni mucho menos que fuera a misa. Ni siquiera mi madre, que, aunque educada por mi abuela en la Fe, ya estaba totalmente alejada.

—Quizá los hijos que estos no tuvieron —siguió Effekadesh—, si los hubieran educado convenientemente, hubieran ofrecido una misa funeral a Dios por el descanso de sus almas y ahora ya no estarían aquí.

—Los hijos...

—Son un regalo de Dios, Martina. Pero el Diablo, siempre al acecho, ha hecho ver a las mujeres que son una carga y un estorbo, cuando en realidad no hay nada que produzca más satisfacciones, sobre todo a largo plazo. ¡Cuántas mujeres mayores suspiran arrepintiéndose por no lo haberlos tenido! Mujeres que no han tenido una triste hija que les llame, que les pregunte qué han hecho durante el día, que las consuele en su vejez.

El Pórtico

De repente, otra vez estábamos en la habitación del principio, aquella tan enorme, que al parecer se llamaba “el Pórtico”. La única diferencia es que ahora no estábamos solos como la otra vez. Aquí y allá había algunas personas acompañadas de unos seres que, por la pinta, debían ser también ángeles de la guarda.

—Vaya, hoy está esto un poco menos vacío —comentó Effekadesh—. No hace demasiados años, esto era un hervidero de gentes de todas las edades y condiciones.

Ciertamente, no había más de cuatro o cinco personas, sin contar a los ángeles. Casi todas estaban llorando o al menos muy tristes, mientras sus protectores hacían lo posible para consolarlas y darles ánimos para la lucha que les esperaba.

Hasta entonces yo me había dejado llevar, sin plantearme nada. Quizá inconscientemente pensaba que todo lo que veía era un sueño, o mejor dicho, una pesadilla, como consecuencia de la droga que tomé. Pero en ese momento sí que me lo planteé, y además, seriamente. Si todo había sido un sueño, ¿por qué no terminaba de despertarme? Porque normalmente, en el momento en que una se da cuenta de que está soñando, de que tiene una pesadilla, es cuando se despierta…

Pero yo seguía allí, agarrada de la mano de Effekadesh. Una mano a la que ahora yo estaba apretando con fuerza, como para cerciorarme de si todo era verdad. Se la apreté varias veces, y en ese momento me di cuenta de una terrible realidad: yo había muerto y ahora me esperaba una horrenda condena en el Purgatorio, probablemente con los fornicarios.

—¿Por qué me has enseñado todo esto, Jeff? ¿Por qué no me has acompañado directamente a mi destino? ¿Eh? ¿Cuál es? ¿La lluvia salada?

—¿Tu destino, Martina?

—Sí, mi destino. ¿Es con los fornicarios? ¿Con las mujeres impúdicas? ¿Eh? ¿Dónde?

—Tu destino ahora mismo es en Infierno, pues no te has confesado, ni te has arrepentido, ni has pedido perdón a Dios por todos tus pecados.

—¿El infierno? —Se me secó la boca de repente. Se me nubló la vista y comenzó a entrarme una angustia tal, que creí desvanecerme en ese mismo instante. Pero no lo hice gracias a que Effekadesh me sostuvo, y sobre todo, gracias a lo que me dijo a continuación:

—Pero no podrás ir al Infierno porque todavía no has muerto. Sí, esta noche ibas a morir, porque la droga que has tomado es incompatible con tu cuerpo: tenías que haber sufrido un paro cardíaco. De hecho, has estado en coma durante gran parte de la noche. Pero hay alguien en tu familia que lleva muchos años rogándole a Dios por ti, y el Señor siempre escucha las súplicas de sus siervos.

—Mi abuela…

—En efecto. Ella está ya con nosotros en el Paraíso y ha conseguido que te mostráramos un anticipo de lo que te espera.

—Entonces, —mi semblante cambió—, ¿estoy destinada a sufrir penas de Purgatorio cuando me muera?

—Es probable. Muy pocos son los que entran en el Cielo directamente. Siempre queda algún rastro de pecado en cada uno de vosotros. Nada sucio puede entrar en el Reino de Dios.

Me entristecí, aunque no tanto como hacía solo un momento.

—No temas, Martina. El Purgatorio es un lugar de purificación, y no de sufrimiento.

—¿Cómo puedes decir eso, después de lo que me has enseñado?

—Es un lugar de purificación —insistió—, y solo de ti dependerá su intensidad y su duración. Por ejemplo, los devotos de la Virgen del Carmen, todos los que llevan su escapulario con devoción, tienen garantizada la salida de este lugar el sábado siguiente a su fallecimiento. Ese día, la madre de Dios vendrá a rescatar a sus hijos, los carmelitas, quienes la esperan con gozo y no con sufrimiento, llenos de esperanza y de fervor.

» Pero no solo existe ese medio. También los vivos, con sus oraciones y sufrimientos en la Tierra pueden ofrecer sufragios que mitiguen y reduzcan las penas de los purgantes. Por no hablar de las personas que comparten la cruz redentora de Cristo ofreciendo a Dios sus pesares terrenos. Ellos ya habrán pasado su purgatorio en vida, y, dependiendo de los casos, su estancia aquí será ínfima o incluso inexistente.

—¿Los sufrimientos en la Tierra hacen que las penas del Purgatorio sean menores?

—Así es.

—Pero entonces, ¿por qué a Lucía no le sirvieron de nada? Ella se quedó sola y sufrió un cáncer, le amputaron los pechos, al final falleció...

—No le sirvieron de nada porque no se los ofreció a Dios. Los sufrió de forma estéril, sin fruto alguno. De haber tenido fe, de haberse confesado con verdadero espíritu de arrepentimiento, podría haberle llevado a Jesús todas esas cruces para depositarlas a los pies de la suya, y con eso purgar en vida sus faltas e incluso las de otros. Pero no lo hizo. Solo la extremaunción que recibió en sus últimas horas le pudo abrir las puertas del Cielo, pasando eso sí, por un largo proceso de purgación como ya has visto.

—Sí, ya lo he visto. Y todo gracias a su ángel de la guarda. ¿Cómo se llamaba?

—Marilíadesh.

—Eso. Igual que el de Domitila, que también la salvó en el último momento. ¿Verdad?

—Sí, aquel lo también lo consiguió, y en su caso fue toda una proeza. Verás —siguió—, los ángeles de la guarda tenemos muy poco margen de actuación. Si nuestros protegidos quieren pecar, poco podemos hacer para impedirlo, aunque siempre intentamos evitarlo. Dios respeta la voluntad de las personas para hacer el bien o para hacer el mal.

—Pues entonces, ¿de qué nos sirve vuestra protección durante la vida?

—Evitamos muchos peligros, aunque no lo parezca. Pero lo que nos ocupa la mayor parte del tiempo es la lucha contra otros ángeles que os quieren devorar.

—¿A qué te refieres?

—A los demonios, Martina. A los demonios. Ellos también son ángeles como nosotros, solo que eligieron el lado “oscuro”.

—¿A mí me has tenido que defender de alguno?

—Muchas veces. Pero es una lucha encarnizada en la que no siempre ganamos.

—¿Por qué?

—Pues mayormente porque la persona se lo pone muy fácil a ellos y muy difícil a nosotros.

Me quedé mirándolo, esperando que siguiera, y eso fue lo que hizo:

—La clave está en el pecado, Martina. Cuantos más pecados sin confesar arrastre una persona, más puertas les abre, y a nosotros nos las cierra. Sin embargo, si una persona está en gracia de Dios, es decir, no tiene pecados graves pendientes de confesar y comulga con frecuencia, eso levanta una barrera prácticamente infranqueable por la que los demonios no pueden pasar.

—¿Y si pasan? ¿Qué es lo que hacen?

—Contra la persona que está en gracia poco pueden hacer. Pero a los pecadores empedernidos los devoran, como te he dicho. Además de sufrir horribles tentaciones a las que ceden con gusto, no son nada infrecuentes y menos hoy en día los casos de opresión diabólica de toda índole, así como las posesiones.

—¿En serio que hay posesiones?

—Más que nunca, Martina. Más que nunca. Las personas se han alejado de Dios como jamás se había visto, y eso deja el campo libre a los demonios para que actúen a su antojo. Las posesiones son padecimientos horribles que se confunden con trastornos psiquiátricos y que suelen acabar con el suicidio de la persona. Es tremendo... Y todo por no querer saber nada de Dios.

—Pero ¿por qué Él no hace algo?

—¿Qué quieres que haga? Si una persona en el ejercicio de su libertad rechaza a Dios en su vida, Él no puede hacer nada. Otra cosa es que implorase su ayuda, claro está. Eso nos daría fuerzas a nosotros, los ángeles guardianes, y nos sería más fácil rechazar a los demonios. Pero claro, hoy en día nadie hace eso.

—¿Basta con implorar la ayuda de Dios para expulsar a los demonios?

—No, no basta. Por ahí se empieza, desde luego. Pero la clave está en la confesión y en la Eucaristía, es decir en comulgar y recibir la Sagrada Hostia, por ejemplo, en misa, habiendo confesado previamente todos los pecados a un sacerdote. Ese es el mejor exorcismo, y no hay demonio que permanezca en un cuerpo después de haber hecho eso.

Me quedé pensando durante unos instantes. Todo ese tema de los demonios y las posesiones me horrorizaba, y decidí volver la conversación al punto anterior a eso.

—Vale, vale, entiendo. Entonces, vuestras actuaciones se dan más en el ámbito “sobrenatural”. ¿No es así? Pero, ¿cómo actuáis en el mundo?

—Como te he dicho, poco podemos hacer para interferir en la libertad humana. Solo en el momento de la muerte el Señor nos concede más libertad para ejercer nuestros poderes e intentar que las personas se arrepientan y acepten la presencia de un sacerdote; y aun así la mayoría de las veces no es suficiente.

—Entonces, ¿por eso tú has venido a mí ahora, Jeff? ¿Por qué he estado a punto de morir?

Effekadesh me miró fijamente y tardó en responder. Finalmente dijo:

—Yo siempre he estado contigo, Martina. Desde el primer instante en que tus padres te concibieron.

En ese momento, una mujer dio un grito cerca de mí. Era una anciana sin piernas a quien probablemente su ángel le acababa de explicar dónde se encontraba. No entendí bien lo que le dijo, pero sin duda eran palabras de consuelo. Después miré a mi alrededor. Algunas de las personas que había al principio ya no estaban, y en su lugar había otras que acababan de llegar.

—No entiendo una cosa, Jeff. Me has dicho que esta sala, al igual que los lugares donde hemos estado, son tan grandes porque fueron construidos para albergar a un gran número de personas.

—Así es. Este Pórtico, mismamente, antes estaba repleto. Y ahora... fíjate. Solo estamos tres o cuatro. En el pasado había muchas más personas. El paraje de los adúlteros estaba tan lleno... sobre todo de hombres que habían ido con prostitutas.

—Entonces, ¿por qué ahora no hay tanta gente? ¿Dónde están todos los que mueren? ¿Van directamente al Cielo, o qué?

—No, Martina... ¡Ojalá fuera así! —comenzó a llorar. ¡Ojalá fuera así!

—¿Entonces?

Effekadesh no contestó, y siguió llorando, cada vez con más pena y sentimiento. Fue entonces cuando comprendí dónde estaban todas aquellas almas, todos aquellos infelices, que no habían podido, ni siquiera, acceder al Purgatorio.

El despertar

Era sábado por la mañana. La luz del sol entraba claramente por la ventana de mi habitación. Era la primera vez que veía algo tan deslumbrante, después de tantas tinieblas.

Me levanté para ir al baño. ¿Qué hora sería? El servicio estaba al final del pasillo, y para llegar allí tenía que pasar al lado de las puertas de mis compañeras Merche y Sonia. Fue en ese momento cuando esta última salió de su habitación.

—Anda que... vaya lo que te perdiste ayer.

—¿El qué?

—Amir. Nos dejó a las dos más que satisfechas. Yo creo que incluso hubiera tenido también para ti. Pero te fuiste a dormir...

—Ah, ya.

—De todas maneras, va a venir por aquí el próximo fin de semana. Así podrás comprobarlo con tus propios ojos. Mejor dicho, con tus propios ovarios.

—Yo no estaré aquí la semana que viene.

—¿Por qué? ¿Vas a ir a Córdoba a ver a tus padres?

—No. Bueno, sí. Mira, no se me había ocurrido. También allí hay un convento de carmelitas.

—De... ¿carmelitas?

—Sí, Sonia. Me voy a hacer monja.

—¿Cómo dices?

—Tengo que rezar y ofrecer misas por Lorenzo y por Lucía. Para que él entregue pronto su semilla a su legítima dueña, y para que Lucía encuentre sus piernas. Y también por Esteban y por Clotilde, para que puedan verse y abrazarse y entrar por fin en el Cielo. Y por Domitila, para que se perdone a sí misma y encuentre ángeles que de vez en cuando le entreguen mendrugos de pan. ¡Tengo que rezar por mucha gente! Sin olvidarme del obispo, claro, ¿cómo se llamaba...? En fin, rezaré también por él para que aquellas montañas del fondo sean las últimas por las que pase. Y también por Fabián, el contable, para que Dios le dé paciencia. Y claro, por mí misma, pues no me gustaría pasarme siglos mojando mis llagas en agua salada.

—¿Te has vuelto loca, Martina? ¿O es que lo que nos dio ayer Amir te ha hecho ver alucinaciones?

—También había pensado en casarme con Mario. Ese chico parece tener buenas intenciones. Pero claro, es más arriesgado. No vaya a ser que no quiera tener hijos, y entonces sería peor. Porque no quiero pasarme siglos tocando el piano encerrada en una habitación y muerta de hambre. Sí. Creo que lo del convento es lo mejor, y lo más seguro.

Puedes contactar con el autor escribiendo un correo a xanticore@live.com